

TERCERA ETAPA / N°7
SEPTIEMBRE - OCTUBRE 2026



GACETA, PSICOLÓGICA

HABITAR LA RED
ENTRE EL LAZO SOCIAL
Y LA CAPTURA

JANIN
DI PINTO
MEDICI
VÁZQUEZ
CASTILLO
GARCÍA FERRERO
ALBANESE
CONTRERAS O
DUEÑAS
BOULLOSA
CLINGO
CATALÁN
SFORZA
ZABALZA
CARBALLEDA

SUMARIO

DIRECTOR:
PABLO CASTILLO

CO-DIRECTORA:
JULIETA MEDICI

CORRECCIÓN:
LIC. MÓNICA FERNÁNDEZ

DISEÑO:
ANA URANGA B.

Habitar la red:

Entre el lazo social y la captura algorítmica / **3**

POR PABLO CASTILLO/ JULIETA MEDICI

Nuevas tecnologías. Nuevas subjetividades / **6**

POR BEATRIZ JANIN

El otro algoritmo: subjetividad, lazo social y clínica en la época digital / **9**

Por Gabriela Dueñas

De la transparencia digital a los inefable / **14**

POR MIGUEL TOLLO

Subjetividad y época actual: transformaciones del malestar en la clínica contemporánea / **17**

POR LAURA SFORZA

Fomo y jomo: territorios de subjetividad en tiempos de hiperconectividad / **20**

POR ANDREA VÁZQUEZ

Subjetividades en línea: uso de tecnologías, videojuegos y apuestas online / **23**

POR BEATRIZ GARCÍA FERRERO Y MONSERRAT NEME CONTRERAS

Apostar a la pregunta política oculta bajo el algoritmo / **31**

POR PAULA BOULLOSA

No estas ansioso, estas siendo medido / **34**

POR PABLO CASTILLO

La finitud: más allá de la paranoia digital

(una saga mexicana entre James Bond, El Mencho y William Lee) / **36**

POR SERGIO ZABALZA

El analista ante la fragmentación

Subjetividad, identidad y deseo en la era técnica / **39**

POR FRANCISCO ALBANESE

Libros

Entre familias pantallas y malestares / **43**

POR GABRIELA DUEÑAS

Pensar la comunicación política / **44**

NORA MERLIN - DANIEL ROSSO

Cuestión social, escenarios virtuales y padecimiento subjetivo.

La aceptación de la cultura del malestar en el siglo XXI / **45**

POR ALFREDO JUAN MANUEL CARBALLEDA

La factura humana del 'megusteo' y la métrica de retención / **51**

POR PABLO CATALÁN

El mundo en la palma de la mano / **53**

POR MARCELO CLINGO

La ia y el algoritmo: efectos en la subjetividad / **57**

POR CLAUDIO DI PINTO

Escriben en este número / **59**

Habitar la red: Entre el lazo social y la captura algorítmica

Por **Pablo Castillo/ Julieta Medici**

A la noche, antes de dormir, desliza el dedo casi sin mirar. No busca nada en particular. Recorre historias, salta de una cara a otra, de un cuerpo a otro, de una escena a otra. A veces se detiene. A veces no. Cuando deja el teléfono, algo queda vibrando: una incomodidad difícil de nombrar, una sensación leve pero persistente de estar afuera de algo que, en rigor, tampoco sabe bien qué es. No es un caso excepcional. Tampoco es, estrictamente, un problema individual.

Se suele decir que vivimos conectados, pero esa afirmación se queda corta. No se trata solo de conexión, sino de una forma específica de producir experiencia. La red no es únicamente un medio: es un entorno que organiza cómo vemos, cómo nos mostramos y, en última instancia, cómo nos pensamos.

Ahí es donde la cuestión deja de ser tecnológica y empieza a volverse más perturbadora.

Porque el problema no es cuánto tiempo pasamos en redes, sino qué tipo de relación con los otros –y con nosotros mismos– se vuelve posible en ese marco. Durante mucho tiempo, la subjetividad moderna se apoyó en cierta idea de interioridad: había algo del orden de lo íntimo que no estaba inmediatamente expuesto. Hoy, en cambio, esa frontera se vuelve porosa. Lo que antes se escribía en un diario ahora se publica. Lo que antes se pensaba en silencio ahora se mide en reacciones.

El reconocimiento, que nunca fue simple, se vuelve cuantificable.

Y eso introduce una torsión. Porque cuando el reconocimiento se vuelve número, deja de ser del todo reconocimiento. Pasa a ser otra cosa: una señal, un indicador, un dato más en una cadena que no termina de cerrarse nunca. Se publica, se espera, se chequea. Si no pasa nada, también pasa algo.

En la clínica -y fuera de ella- esto aparece de formas bastante concretas. Gente que no puede dejar de mirar si alguien respondió. Gente que borra una publicación porque “no funcionó”. Gente que se siente extrañamente expuesta incluso cuando no mostró nada particularmente íntimo. No es narcisismo en el sentido clásico. Es otra cosa. Una especie de dependencia de una mirada que, al mismo tiempo, no se deja fijar.

Porque el otro, ahí, es inestable.

No es un otro con nombre y cuerpo. Es una suma de presencias dispersas, intermitentes, muchas veces anónimas. Un enjambre más que un interlocutor. Y eso tiene consecuencias porque cuanto más se busca esa mirada, más difícil se vuelve sostenerla. Cuanto más visible se intenta ser, más incierto se vuelve el lugar desde donde se es visto.

Hay algo de trampa en ese circuito.

Las plataformas no son neutrales. No organizan simplemente lo que aparece: organizan lo que circula, lo que insiste, lo que vuelve. Operan sobre la atención, pero también -y quizás, sobre todo— sobre el deseo. No obligan, pero orientan. No imponen, pero empujan. Y en ese empuje se juega una forma particular de captura. Ya no hace falta que alguien vigile desde afuera cuando el propio sujeto queda enganchado en la lógica de mostrarse, evaluarse y ajustarse.

Ahora bien, sería demasiado fácil quedarse en una crítica de las redes como si fueran un

agente externo que vino a arruinar una subjetividad previamente sana. No hay un “antes” puro al que volver. Cada época reorganiza, a su manera, la relación entre técnica, lenguaje y experiencia. Lo que cambia hoy es la escala y la velocidad con la que eso ocurre.

Y también, quizás, el tipo de incomodidad que produce.

Porque si algo aparece con fuerza no es solo la exposición, sino una cierta dificultad para sostener zonas que no estén inmediatamente disponibles. No tanto intimidad en el sentido romántico, sino opacidad. Lugares donde no todo tenga que ser dicho, mostrado o traducido en valor de intercambio.

El problema es que esas zonas no se recuperan por decreto.

No alcanza con “desconectarse”. Tampoco con culpar a las pantallas. Porque muchas veces la salida de la red funciona como un mandato más.

Tal vez la pregunta no sea cómo salir, sino cómo no quedar completamente adentro.

Sin embargo, sería un error reducir el problema a una crítica moral de las pantallas. La tecnología no es simplemente una amenaza externa. Como señaló el filósofo Bernard Stiegler, las técnicas siempre fueron prótesis de la memoria y del pensamiento. La escritura, la imprenta o el cine también transformaron la subjetividad.

” La red no es únicamente un medio: es un entorno que organiza cómo vemos, cómo nos mostramos y, en última instancia, cómo nos pensamos.”

“Cuando el reconocimiento se vuelve número, deja de ser del todo reconocimiento.”

La diferencia es que la tecnología digital opera a una escala inédita. Las plataformas no solo median la comunicación: la industrializan. Cada gesto, cada interacción y cada emoción potencialmente se convierte en dato.

En ese contexto, la pregunta clínica y política no es cómo volver a un mundo sin redes -algo imposible- sino cómo pensar formas de subjetividad que no queden completamente capturadas por esa lógica.

Tal vez el desafío contemporáneo sea justamente ese: reintroducir espacios de opacidad en una cultura que exige visibilidad permanente. Espacios donde el sujeto no esté obligado a convertirse en contenido.

En el consultorio, a veces, ese espacio todavía existe. No porque esté fuera de la época, sino porque suspende —aunque sea por un rato— sus exigencias. Ahí, lejos del flujo constante de

las notificaciones, todavía es posible hacer algo que las redes no toleran demasiado bien: detenerse, hablar sin algoritmo, dejar que el deseo no tenga que rendir cuentas.

Pero incluso eso es frágil.

Porque la lógica de la red no se queda afuera: insiste, se filtra, retorna. No hay un “afuera” limpio donde resguardarse; a lo sumo, hay cortes, interrupciones, momentos en los que algo no termina de encajar en esa maquinaria de visibilidad y rendimiento.

Quizás hoy no se trate de escapar -porque no hay a dónde-, sino de forzar esas fallas, de hacerlas operar, una y otra vez.

Desde ese punto, este número de la **Gaceta Psicológica** no busca cerrar el problema, sino empujarlo un poco más allá, hasta ese borde donde todavía algo se resiste -y, justamente por eso-, insiste ☹

BEATRIZ JANIN Y GABRIELA DUEÑAS reflexionan sobre este presente atravesado por pantallas, algoritmos y nuevas formas de vinculación, la pregunta por la subjetividad vuelve a abrirse con urgencia. Desde el psicoanálisis y la salud mental, estos textos abordan cómo lo digital no solo reorganiza el lazo social, sino también los modos de constitución psíquica desde la infancia hasta la adolescencia. Entre la producción de un “Otro” algorítmico y los efectos concretos en el cuerpo, el lenguaje y el juego, se delinean los desafíos de pensar la clínica hoy: cómo sostener la palabra, el deseo y el encuentro con otros en un contexto que tiende a la inmediatez, la captura de la atención y la fragilización de los vínculos

Nuevas tecnologías. Nuevas subjetividades

Por **Beatriz Janin**

Las nuevas tecnologías han abierto un nuevo terreno de conflictos y vienen generando nuevas subjetividades.

Para pensarlas, hay que tener en cuenta que en la primera infancia, la puesta en juego del cuerpo es fundamental. Se aprende moviéndose, tocando, oliendo, poniendo todos los sentidos en juego.

El movimiento, en particular, es importantísimo, en tanto el primer tipo de pensamiento es el pensamiento cinético, o sea el pensamiento acompañado de acción. Es más, cuando a un niño pequeño le prohibimos moverse le estamos prohibiendo pensar.

Las pantallas no promueven el movimiento sino todo lo contrario. Dejan al niño pasivo frente a otro que se mueve, sin permitirle pasar de la forma pasiva a la activa, del ser movido al mover. Es decir, sin que aparezca como una

prohibición, las pantallas paralizan. Registrar las sensaciones que produce el movimiento es fundamental para ir construyendo la unificación de las zonas erógenas. Si a eso se le debe sumar la mirada del otro como espejo, la pantalla tampoco mira, sino que se ofrece a la mirada. Y el niño queda hipnotizado por ese elemento brillante, colorido y que tiene habitualmente sonido. Se los “ata” poniéndolos frente a una pantalla, que los inmoviliza.

Así, nos encontramos con que muchos niños presentan dificultades en la motricidad y en la representación del cuerpo, como si no hubieran explorado el espacio. El haber quedado sujetos a las pantallas tempranamente les viene trayendo dificultades en su desarrollo tanto motriz como en el lenguaje verbal. Esto que ya ocurre se puede agravar con el uso de la inteligencia artificial, que supuestamente resuelve

todo por nosotros y nos da todas las respuestas, impidiendo el despliegue de la imaginación y la investigación.

Otra de las dificultades que aparecen cuando los niños quedan expuestos a las pantallas es que no tienen un interlocutor. Cuando un niño comienza a emitir sonidos, el otro los escucha, se suele dar un juego de repetición de sonidos. Y de a poco el semejante adulto va a ir interpretando esos sonidos y otorgándoles un sentido. Con las pantallas, no hay quien arme el juego, en tanto las pantallas hablan, pero no a ese niño, no le siguen sus tiempos y no escuchan lo que el niño mismo articula. Cuestión fundamental en la adquisición del lenguaje en tanto es en vínculos libidinizados que se va forjando la capacidad de hablar, teniendo en cuenta los ritmos de cada sujeto.

Por ende, podemos pensar que muchos de los retrasos en la adquisición del lenguaje están conectados con el predominio de pantallas sobre las palabras, los cuentos, las canciones.

Por otra parte, considero que la dificultad principal con la que se encuentran niños y niñas es que los adultos que los cuidan están ellos mismos conectados a móviles o computadoras, quitando mirada y palabra hacia el niño. Así, no reciben el baño de lenguaje necesario ni el intercambio de sonidos ni la interpretación de estos. Y tampoco la mirada imprescindible del adulto. Quedan como espectadores, fuera del intercambio simbólico con otro humano.

El relato oral, de historias y cuentos, deja huellas diferentes a las transmisiones puramente visuales. Se posibilita el intercambio con otro humano.

Con el móvil o la computadora no hay baño de lenguaje, sino de sonidos que no se dirigen a él, que no toman en cuenta sus ritmos ni sus raleos. Son imágenes y ruidos.

A la vez, como afirma Byung-Chul Han, un mundo con ausencia de narrativas termina siendo un mundo sin rumbo y sin tiempo. "La supresión de la tensión narrativa comporta que los acontecimientos, al no estar ya encauzados en una trayectoria narrativa, deambulen sin rumbo" (Byung-Chul Han, 2017, pág. 56)

Dificultades en la motricidad, en la atención, en los vínculos con otros, en el sostén de la mirada... pueden ser efecto de esta preponderancia de los aparatos por sobre las personas.

A la vez ha perdido vigencia el juego simbólico. Niñas y niños desde corta edad suelen preferir los juegos de la Tablet o el celular. Esto quita posibilidades de elaboración de problemáticas, para lo que necesitan el juego dramático. Y esto trae problemas en la constitución de la capacidad de simbolizar y también de crear. Los juegos de las pantallas tienen un diseño dado de antemano, mientras que cuando un niño crea un juego tiene que apelar a su propia imaginación y a sus propias experiencias vitales.

Juego y movimiento son pilares sobre los que se van a ir edificando el pensamiento, la inteligencia y el aprendizaje.

En la adolescencia el celular, la Tablet y la computadora pasan a tener un lugar muy importante.

Para muchos adolescentes lo más importante es cuántos seguidores tienen en las redes y esto deja a alguien totalmente a merced de la aprobación de los otros. Generalmente, de otros desconocidos.

Desapareció la intimidad y se confunde lo privado y lo público.

Se confunde realidad virtual y realidad material. Así, nos podemos preguntar si en la serie *Adolescencia*, en la que un niño de 13 años mata a una niña que se burla de él en las redes, si el protagonista sintió que era asesinado públicamente con los emoticones en los que se burlaban de él.

No hay conciencia del sufrimiento del otro en tanto en solo otro en la pantalla. Y esto agiganta la crueldad, que se ha instalado como espectáculo.

Otra cuestión que aparece es la dificultad para soportar la frustración, para esperar y reflexionar, para poder probar nuevos caminos... tiene que ver con la delegación de gran parte de la actividad de pensamiento en la tecnología. Todo tiene que ser ya, inmediato. Más que preguntas se buscan respuestas inmediatas.

Así, nos encontramos con una menor complejidad psíquica y neuronal.

Todo adolescente puede desear la inmediatez del goce en tanto suponen que la vida es solo un "hoy". Pero si siente que ese placer es imposible, que otros gozan mientras él queda excluido, ¿cómo puede reaccionar frente a esto?

Si siempre los adolescentes necesitaron la mirada de los otros fuera del entorno familiar, ahora esto se ha complicado. Las redes, las mujeres hermosas, los hombres musculosos se muestran en las redes como ideales imposibles de alcanzar. Ya no es una idea lo buscado sino una imagen... y el cuerpo está en primer lugar. Pero es un cuerpo imagen, no un cuerpo en resonancia con otros, un cuerpo sensación, afectos... sino un cuerpo plano e ideal.

La confusión entre vivir y registrar lo que se vive para las redes es muy grande. Hay adolescentes que suponen que si no publican en las redes lo que hacen lo vivido no existe. La confusión entre las vivencias y las publicaciones es enorme.

Un mundo del que los adultos quedamos afuera, y que es otro entorno, otro mundo....

Pensar todas estas cuestiones nos lleva a reflexionar sobre nuestras prácticas, sobre las nuevas configuraciones psíquicas y los modos de proteger a niños y adolescentes. Y también a encontrar los caminos para que la tecnología pueda ser una vía de descubrimiento y ampliación de conocimientos y no el modo actual de dominación de los que manejan las redes ①

BIBLIOGRAFÍA:

- Benasayag, M y Pennisi, A (2023) *La inteligencia artificial no piensa*. Prometeo, Bs As
- Berardi, F (2007) *Generaciones post-alfa*. Tinta Limón. Bs As
- Berardi, F (2022) *El tercer inconsciente*. Caja negra, Bs As
- Byung-Chul Han (2017) *El aroma del tiempo*. Herder Edit Bs As
- Green, André (2005) *Ideas directrices para un psicoanálisis contemporáneo*. Amorrortu, Bs As
- Janin, B: (2018) *Infancias y adolescencias patologizadas*. Noveduc, Bs As
- Janin, B: (2022) *Niñas, niños y adolescentes en tiempos de desamparo colectivo*, Noveduc
- Sadin, Eric (2022) *La era del individuo tirano*, Caja Negra Edit
- Tsipkis, F (2024) *Algunas notas sobre los riesgos en la infancia y las redes sociales virtuales*. En la Usina del Forum, 2024.
- Wolovsky G, Guiter M (2024) *Subjetividad joven, sus vínculos y lazos sociales en 2024*. En *elsigma.com*

El otro algoritmo: subjetividad, lazo social y clínica en la época digital

En la era de las plataformas, el “Otro” ya no se encarna sólo en instituciones tradicionales, sino también en redes y algoritmos que ordenan la experiencia y el deseo. Desde una perspectiva psicoanalítica y social, **GABRIELA DUEÑAS** interroga cómo estas transformaciones reconfiguran el lazo social, el malestar contemporáneo y los desafíos de la clínica en un escenario donde la subjetividad se produce en diálogo con lo digital

Por **Gabriela Dueñas**

La época contemporánea se caracteriza por una revolución digital que ha reconfigurado los lazos sociales y los modos de subjetivación. Lejos de ser una mera herramienta, la tecnología y las redes virtuales se han constituido en un hábitat fundamental donde lo humano se produce y se expresa. Desde una perspectiva psicoanalítica en clave social, en diálogo con aportes crítico-culturales, este ensayo se propone interrogar las coordenadas de las nuevas subjetividades emergentes y los desafíos que plantea a la clínica actual.

Afirmar que la tecnología es externa al sujeto sería un error que desestimaría una cuestión fundamental que nos enseña el psicoanálisis — y bien advertía Ricardo Rodulfo- y es que éste

debe actualizarse de modo de estar a tono con las subjetividades epocales. Como bien señala María Cristina Rojas, el devenir de lo humano es inseparable de las tecnologías características de cada momento histórico; estas son producto de su tiempo y, simultáneamente, productoras de las subjetividades y vínculos que lo habitan. No se trata, entonces, de demonizar lo digital como causa de un malestar contemporáneo, sino de entenderlo como el nuevo entramado simbólico-imaginario en el que los sujetos se constituyen.

En esta línea, psicoanalistas como Fiorella Litvinoff autora de *Psicoanálisis de la nueva vida cotidiana*. Una lectura acerca de las redes sociales propone que internet encarna

La pregunta clínica ya no es sólo por el sentido del síntoma, sino también por el lugar que lo virtual ocupa en la economía defensiva del sujeto: ¿se trata de una defensa frente a la angustia?, ¿de un llamado al Otro?, ¿de un intento de bordear lo real del cuerpo? Interrogantes que no admiten respuestas universales, sino la escucha caso por caso

hoy una nueva versión del “Otro” social lacaniano. Ese lugar, que tradicionalmente ocuparon la familia, la escuela o la religión, desde donde se reciben los significantes que nos determinan y se espera una respuesta sobre el propio ser, es ocupado ahora por las redes y los algoritmos.

La lógica del mercado neoliberal y del consumo impone un ideal de goce sin límites y de exhibición permanente, donde la “extimidad” término acuñado por Paula Sibilia para nombrar lo que parece una contradicción: la exhibición de la intimidad, desdibuja las fronteras entre lo íntimo y lo público. El imperativo ya no es solo de productividad laboral, sino de una “performance” constante en el escenario virtual, donde el “Me gusta” se convierte en una cuota de plusvalía que regula el narcisismo.

Sin embargo, el psicoanálisis nos recuerda que el sujeto no es el individuo autónomo y transparente que postula el discurso dominante. El sujeto del inconsciente es efecto del lenguaje y está estructurado como una falta, un objeto perdido. ¿Qué ocurre con esta falta en el universo digital? Las redes prometen el re-encuentro con un complemento, la conexión total y la abolición de la distancia. La clínica muestra, por el contrario, que la “conexión” virtual muchas

veces vela lo fallido de la relación con el otro, ofreciendo una satisfacción autoerótica y una ilusión de completud que obtura la pregunta por el deseo. El fenómeno de los “challenges” virales, las identidades líquidas o la violencia en el metaverso son síntomas de esta nueva configuración del malestar en la cultura.

Para abordar esta encrucijada, resulta ineludible retornar a las coordenadas freudianas que fundan el lazo entre el sujeto y la cultura. En “El malestar en la cultura” (1930), Freud postula un conflicto estructural e irreducible entre las demandas pulsionales del individuo y las restricciones impuestas por la civilización para su propio sostenimiento. La cultura, con sus ideales y prohibiciones, se erige así no como un mero telón de fondo, sino como una instancia represora que, al mismo tiempo que posibilita la vida en común, genera un inevitable malestar. En la época digital, este malestar adquiere nuevas formas. El imperativo de goce y la promesa de completud que emanan de las redes no cancelan la falta constitutiva del sujeto; por el contrario, la exacerbación de las demandas narcisistas y la caída de los ideales simbólicos tradicionales pueden intensificar la angustia, ese “no poder respirar” que se manifiesta en la clínica actual.

Si el malestar es estructural, los modos de defensa frente a él también se resignifican en el contexto digital. Los mecanismos de defensa del yo, conceptualizados por Freud como operaciones inconscientes para lidiar con la angustia, encuentran en el ecosistema digital un escenario inédito para su despliegue. El fenómeno de la exhibición permanente en redes puede ser leído, por ejemplo, como una formación reactiva que encubre la fragilidad narcisista, o como una puesta en acto de la pulsión escópica.

Asimismo, la lógica del clic y la inmediatez, que promete calmar la angustia al instante, se emparenta con mecanismos más primitivos, como la actuación (*acting out*) o el pasaje al acto, operando como un intento fallido de tramitar lo que retorna una y otra vez: la pregunta por el deseo y la falta en ser.

Para ilustrarlo, consideremos el fenómeno de los “challenges” o desafíos virales, que suelen circular entre niñas/os y adolescentes a través de plataformas como Tik-tok o Instagram. Estos retos no son meras bromas o juegos; muchos de ellos implican poner a prueba los límites del propio cuerpo o exponerse a situaciones de riesgo (como ingerir sustancias peligrosas, autoinfligirse lesiones o realizar actos de crueldad) con el objetivo de obtener la validación del otro virtual a través de visualizaciones y “me gusta”.

Desde una lectura psicoanalítica, estos desafíos pueden comprenderse como una modalidad defensiva particular frente a la angustia que despierta el deseo del Otro. Al no contar con las coordenadas simbólicas que tradicionalmente orientaban el pasaje por la pubertad -los ritos de iniciación, las figuras identificatorias estables-, muchos jóvenes apelan a estos actos

como una forma desesperada de inscribirse en el lazo social, de “existir” para la mirada del Otro, aunque sea a costa del propio cuerpo. El cuerpo real, orgánico, es puesto en juego para suturar la falta en ser, en una operación que revela, en su fracaso, la insistencia de lo traumático.

El analista está convocado, entonces, a descifrar, más allá del ruido digital y la lógica del espectáculo, la trama defensiva singular que cada sujeto erige en su encuentro con lo real. La pregunta clínica ya no es sólo por el sentido del síntoma, sino también por el lugar que lo virtual ocupa en la economía defensiva del sujeto: ¿se trata de una defensa frente a la angustia?, ¿de un llamado al Otro?, ¿de un intento de bordear lo real del cuerpo? Interrogantes que no admiten respuestas universales, sino la escucha caso por caso.

Esta escucha caso por caso, que constituye la ética misma del psicoanálisis, no debería, sin embargo, confinarse al espacio cerrado del consultorio. Si el malestar se anuda a las coordenadas de la época y a la lógica de un Otro algorítmico que empuja al goce solitario y a la performance constante, las respuestas posibles no pueden ser únicamente individuales. Aquí se vuelve indispensable una apertura del psicoanálisis al campo de la salud mental comunitaria, en particular cuando se trata de infancias y adolescencias atravesadas por la pobreza, la desigualdad y la falta de redes de cuidado.

En la República Argentina, la Ley Nacional de Salud Mental N° 26.657 nos interpela directamente en esta dirección. Al consagrar la salud mental como un proceso determinado por componentes históricos, socio-económicos,

culturales, biológicos y psicológicos, la ley nos obliga a salir de una clínica puramente intrasubjetiva para adentrarnos en las condiciones materiales y simbólicas en las que el padecimiento se produce.

El artículo 3° de dicha norma no es letra muerta: es una convocatoria a pensar el síntoma en su trama social, a construir dispositivos por fuera del manicomio, a trabajar en redes intersectoriales e interdisciplinarias que incluyan la escuela, el club, el centro de salud, la familia ampliada.

En esta línea, los desarrollos de Alicia Stolkiner resultan particularmente fecundos. La autora ha insistido, desde una perspectiva que articula psicoanálisis y salud colectiva, en la necesidad de “des-reificar” lo psíquico, entendiendo que el sufrimiento subjetivo no puede ser reducido a cuadros psicopatológicos universales, sino que debe ser leído en su trama histórica, social y política. Para Stolkiner, la interdisciplina no es una mera yuxtaposición de saberes, sino una posición ética que implica reconocer los límites del propio campo disciplinar y abrirse a la construcción colectiva de respuestas. Esta perspectiva resuena directamente con lo que la ley nos demanda y con los desafíos que enfrentamos en la clínica, de manera particular con niñas/os y adolescentes atravesadas por la desigualdad y la fragilización de los lazos de cuidado.

Para los psicoanalistas que nos abocamos al trabajo con infancias y juventudes este marco normativo, enriquecido por los aportes de Stolkiner, nos ofrece una brújula ético-política fundamental

El desafío ya no es solo descifrar la fantasmática inconsciente de un pequeño que no

aprende o de un adolescente que realiza un challenge viral; es también preguntarnos por las condiciones de posibilidad de su palabra: ¿hay un espacio público donde esa voz pueda ser escuchada antes de que se convierta en acto?, ¿Hay adultos dispuestos a sostener la pregunta por su deseo más allá de la lógica del clic y la inmediatez?, ¿Hay políticas públicas que garanticen el derecho al juego, a la educación y a la salud integral?

El enfoque de salud mental comunitaria nos enseña que la cura no puede ser un lujo para pocos ni una operación puramente privada. Se trata, en línea con lo que nos pide la ley, de construir lazos allí donde el lazo está roto, de ofrecer referencias simbólicas allí donde el Otro algorítmico ofrece espejismos de completud. El analista, en este marco, no es un mero aplicador de la técnica, sino un agente más en la trama de sostén colectivo de la infancia y la adolescencia.

Finalmente, este doble movimiento -la escucha singular del síntoma y la apertura a su trama social y comunitaria- nos conduce a retornar a Freud para reafirmar el estatuto del psicoanálisis como práctica anclada en su tiempo, pero no subordinado a él.

El psicoanálisis nació como un método para hacer consciente lo inconsciente, para liberar al sujeto de las alienaciones que lo oprimen. En la actualidad, esta brújula ética sigue siendo la misma, aunque los ropajes del síntoma hayan mutado. El desafío no es adaptarse acríticamente a los nuevos formatos, sino sostener la pregunta por el deseo en un contexto que tiende a obturarla. No se trata de renunciar a la virtualidad como herramienta, sino de no dejarse capturar por su lógica. La ética del analista,

aquella que Freud legó al fundar el psicoanálisis, consiste en creer en la palabra y en la singularidad del sujeto, más allá de las pantallas y los algoritmos.

Frente a este panorama, la clínica psicoanalítica se ve interpelada. La pandemia, como acelerador de procesos, impuso la práctica a través de pantallas, generando un debate sobre su pertinencia. Desde una óptica lacaniana, si el sujeto no es una tópica cerrada en un "adentro" psíquico, sino una topología moebiana que incluye al Otro, la presencia del cuerpo del analista no es condición sine qua non para el análisis.

El psicoanálisis trabaja con el cuerpo erógeno, investido por el significante, no con el organismo biológico. De este modo, la palabra del analizante en la sesión virtual puede seguir desplegando las cadenas asociativas, ya que el dispositivo se sostiene en la ética y la transferencia, no en la mera co-presencia física.

No obstante, la clínica digital no es una mera réplica de la presencial. Surge una clínica inédita que nos obliga a repensar coordenadas fundamentales: la erotización de la transferencia, el valor del dinero, el manejo de la angustia y el estatuto de la interpretación cuando el analista es una imagen en una pantalla. La pregunta ya no es si se puede hacer psicoanálisis por redes, sino cómo el nuevo entorno reconfigura la dinámica del deseo, la resistencia y el síntoma. Se trata de pensar el acto analítico en una época donde la realidad y la virtualidad se hibridan, dando lugar a subjetividades y padecimientos que requieren de una escucha atenta a las nuevas formas del lazo social.

En conclusión, la relación entre tecnología, subjetividad y clínica es un campo abierto a la

investigación. Asumir el desafío de la época implica, para el psicoanálisis, sostener su brújula ética -el deseo del analista- para orientarse en un mundo donde el Otro ha mutado sin perder de vista el legado freudiano que nos enseñó a escuchar el malestar estructural de la cultura en sus formas siempre cambiantes. Solo así podrá dar cuenta de las singularidades que se cuelan en las redes del discurso capitalista, ofreciendo un espacio donde lo real de cada quien pueda ser dicho, más allá de la saturación de imágenes e información ④

BIBLIOGRAFIA:

Freud, Sigmund, 1930, "El malestar en la cultura", Amorrortu, Buenos Aires.

Freud, Sigmund, 1923, "El yo y el ello", Amorrortu, Buenos Aires.

Freud, Sigmund, 1920, "Más allá del principio de placer", Amorrortu, Buenos Aires.

Litvinoff Fiorella, 2021, "Psicoanálisis de la nueva vida cotidiana. Una lectura acerca de las redes sociales", Letra Viva, Buenos Aires

Rodulfo, Ricardo, 2017, "Ensayos sobre el amor en tiempos digitales", Paidós. Buenos Aires

Rojas, María Cristina, 2019, "Pensamiento vincular en psicoanálisis: entre el hoy y el mañana", Revista de Psicoanálisis de las Configuraciones Vinculares, Vol. 42, Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo, Buenos Aires.

Stolkiner, Alicia, 2021. Entrevista: "El extenso reportaje a Alicia Stolkiner nos permite recorrer sus inicios...". El Sigma, 2021. Disponible en: <https://www.elsigma.com/entrevistas/entrevista-a-alicia-stolkiner/12619>

Stolkiner, Alicia, 2021, Prácticas en Salud Mental. Noveduc, Buenos Aires.

De la transparencia digital a los inefable Eu preciso te falar

Por Miguel Tollo

Eu preciso te falar

Te encontrar de qualquer jeito

Pra sentar e conversar

Depois andar de encontro ao vento" [...]

Faz de conta que ainda é cedo

Tudo vai ficar por conta da emoção

Faz de conta que ainda é cedo

E deixar falar a voz do coração

(Un día de domingo. Michael Sullivan/Paulo Massadas)

Como humanos necesitamos expresar-nos, hablar, conversar. Sin embargo, no pocas veces esa facultad que nos viene dada por el hecho de habernos constituido en seres simbólicos, merma o es insuficiente ante ciertos estados anímicos que nos sobrepasan o la subvaloración de la palabra que sufrimos en tiempos de colonización algorítmica.

Padecemos la dificultad de encontrar palabras y conceptos para caracterizar y pensar la realidad frenética de nuestros días. La aceleración de los cambios vuelve aún más acuciante ese impedimento y profundiza la incertidumbre, relegando a veces nuestras reflexiones a la parálisis, la resignación o el encierro.

Asoma una dimensión de la subjetividad siempre presente y hablamos de lo inefable. En

este punto de mutismo interno y externo, nos encontramos más que en el ombligo del sueño, recurriendo a la conocida expresión freudiana, en un cotidiano vórtice pesadillesco.

Resulta que asistimos a una suerte de incultura a contrapelo del valor de lo simbólico que nos reenvía a una forma de convivir con las noticias del mundo que a veces deriva en huir de un real cuyo asedio terrorífico ha vuelto al planeta, espeluznante y abyecto.

Lo cierto es que lo "lo imposible" de simbolizar, aquello que en términos de Lacan "no cesa de no escribirse", es un fenómeno estructural del sujeto, aunque a veces puede producir un efecto traumático en lo psíquico cuya intensidad varía según los acontecimientos y las características de cada uno. El vernos con lo

inefable puede llegar a ser angustioso o traumático porque es el encuentro con una verdad cruda que no tiene nombre.

El psicoanálisis es una herramienta indispensable en un tiempo en que la palabra se ha devaluado y más que nunca la precisamos para construir un relato de la propia existencia que es también la que compartimos con les otros en comunidad.

Creo que es pertinente recurrir al pensamiento de la filósofa búlgara/francesa Julia Kristeva quien ha profundizado la noción de lo semiótico en sus textos. Nos dice que, mientras lo simbólico se refiere al orden de la ley, el lenguaje estructurado y la articulación significante (en línea con la lectura lacaniana del significante), lo semiótico remite a un registro arcaico, pre-simbólico, ligado al cuerpo y a los ritmos pulsionales.

Kristeva sostiene, por ejemplo, que la musicalidad de la voz materna —sus cadencias, entonaciones y repeticiones— constituye una experiencia primordial que no transmite significados, sino afectos y modulaciones rítmicas. Estas huellas configuran un “espacio semiótico” que antecede a la estructuración simbólica y que nunca desaparece por completo: retorna en la poesía, en la música y en el arte como una irrupción de lo arcaico en el campo del lenguaje.

Es pues una concepción más amplia que tiene en cuenta lo que la analista francesa llama la significancia. Mientras la significación se refiere al significado institucionalizado y controlado socialmente, la significancia, como sentido subversivo, nuevo y creativo, va más allá de las convenciones morales y sociales.

Cuando pensamos esto en relación con niños y adolescentes podríamos plantearnos poner en valor, profundizar las diversas modalidades de intercambio que recurren al juego y la expresión desde lo artístico. Son innumerables las experiencias en ese sentido que se despliegan en diversos ámbitos y territorios de nuestro país.

María de los Ángeles “Chiqui” Gonzalez en el cierre del Encuentro Nacional de la Red de Forum Infancias 2025, realizada en la localidad de Cañada de Gomez, Provincia de Santa Fe, nos dio una clase magistral al respecto. Su maravillosa realización, el Tríptico de la Infancia en la ciudad de Rosario, es una puesta en práctica de su pensamiento: expresión, creación e invención al servicio de las infancias. Infancias y adolescencias no pueden ser etapas tuteladas y sujetas a regulaciones prefijadas olvidando y dejando de lado sus potencialidades, su necesidad de expresarse y ser escuchados.

Por el contrario, lo que con acierto el reconocido médico psiquiatra, psicoanalista Juan Vassen denomina la telaraña digital, nos atrapa en un imaginario tejido a partir de la avidez de certezas que huelgan en estos tiempos. Lo digital parece erigirse como proveedor de todas las respuestas, toda la información, toda la conectividad y, sin embargo, cada vez estamos más solos y desprovistos de relatos que pongan en palabras nuestras propias experiencias, de modo que se fortalezcan los vínculos y el lazo social.

Y aquí cabe plantear que lo inefable forma parte de nuestra subjetividad. Es decir, en gran medida, la fascinación por lo digital cede en tanto somos capaces de aceptar que lo inefable no es un déficit del lenguaje, sino una condición de la subjetividad y entonces procuramos dar lugar a diversas formas de expresión como ha ocurrido en todas las culturas.

Por eso es necesario volver a aquella propuesta "Más juego, menos pantallas" que podría completarse con "Más arte, menos algoritmos" o "Mas creatividad, menos redes" "Más relato, menos chateo"

Nos es extraño que el exceso de pantallas produzca no solo aburrimiento sino vivencias traumáticas, angustia y depresión. Y no solo en niños y adolescentes sino también en el mundo adulto.

"Las almas repudian todo encierro..." decía el flaco Spinetta en su Cantata de Puentes Amarillos. Debemos avanzar entonces hacia la desmanicomialización algorítmica y quiero agregar que no es casual que este final y el epígrafe aludan a piezas musicales ①

BIBLIOGRAFÍA:

CASAL PASSION, GIACOBONE, LUHÍA (2019)

La musicalidad fundante de lo humano Del malentendido sobre la cura musical a la musicalidad primordial. Iatrogenia, prácticas subjetivantes y derecho a la salud. Disponible en <https://www.musicoterapiaenlainfancia.com/la-musicalidad-fundante-de-lo-humano/>

GIACOBONE, A. (2018): La Musicalidad del Jugar. Ponencia; V Encuentro Federal Forum Infancias. Buenos Aires.

GONZALEZ, Ma. De los Ángeles Tríptico de la Infancia y Tríptico de la Imaginación Rosario, Santa Fe, Argentina Políticas de infancia <https://chiquigonzaez.com.ar/project/triptico-de-la-infancia-y-triptico-de-la-imaginacion-rosario-santa-fe-argentina/>

KRISTEVA, Julia (1969) El lenguaje, ese desconocido. Introducción a la lingüística. Editorial Fundamentos. 1988

KRISTEVA Julia (1981). "El Sujeto en Cuestión: el Lenguaje Poético" en Levi-Strauss, C. et al. La identidad. Barcelona: Petrel

VASEN, Juan (2025) Generación Algoritmo: El Desánimo Y La Ansiedad En La Telaraña Digital. Editorial Noveduc, 2025

Subjetividad y época actual: transformaciones del malestar en la clínica contemporánea

Del sujeto reprimido al sujeto agotado: las transformaciones culturales de las últimas décadas no eliminaron el malestar, pero sí cambiaron su forma. Entre el mandato de rendimiento, la exigencia de goce y la exposición constante, la clínica contemporánea se enfrenta a nuevas configuraciones del sufrimiento psíquico. Este texto interroga cómo pensar hoy la subjetividad sin abandonar el psicoanálisis, pero tampoco sin dejarlo intacto.

Por Laura Siorza

La subjetividad no puede pensarse como una esencia fija, sino como una construcción histórica atravesada por el lenguaje, la cultura y las condiciones socioeconómicas. Desde el psicoanálisis, Freud (2006) plantea que el malestar es estructural a la cultura, dado que esta exige la renuncia pulsional como condición de posibilidad del lazo social. El malestar surge de la tensión entre las exigencias de la vida en común y las aspiraciones pulsionales individuales (Freud, 1992). La represión aparece entonces como el mecanismo fundamental de constitución subjetiva y de orden social. Por su parte, Lacan (1987) reformula esta concepción al afirmar que “el inconsciente está estructurado como un lenguaje” (p. 25), situando al sujeto como efecto

del significante. De este modo, toda época, al transformar sus discursos dominantes, modifica también las formas de subjetivación y los modos de sufrimiento. Las transformaciones socioculturales de las últimas décadas han modificado las coordenadas del lazo social y, con ello, las modalidades de subjetivación y de padecimiento.

Diversos autores contemporáneos han señalado el pasaje desde una sociedad disciplinaria a una sociedad de consumo y de rendimiento, caracterizada por la centralidad del individuo, la estetización de la vida cotidiana y la intensificación del narcisismo (Lipovetsky, 2006). Para Foucault, el poder ya no se ejerce principalmente por prohibición, sino por producción

de subjetividades y gestión de la vida. Se parte de la hipótesis de que la época actual no debilita la teoría psicoanalítica, sino que exige su reformulación conceptual para dar cuenta de nuevas economías libidinales. En el modelo freudiano clásico, la neurosis se organizaba en torno al conflicto entre deseo y prohibición. El superyó operaba como instancia normativa, generando culpa frente a la transgresión. Sin embargo, en la actualidad se observa un desplazamiento en la economía psíquica.

Byung-Chul Han sostiene que hemos pasado de una sociedad disciplinaria a una sociedad del rendimiento. Según el autor: "El sujeto de rendimiento ya no está sometido a un sujeto de obediencia, sino que es empresario de sí mismo" (Han, 2012, p. 23). El imperativo contemporáneo no se formula como prohibición, sino como exigencia ilimitada de productividad. Desde una lectura lacaniana, este fenómeno puede articularse con la transformación del superyó en mandato de goce. Lacan (2008) sostiene que el superyó ordena: "¡Goza!" (p. 11), revelando la paradoja de una instancia que, lejos de limitar, empuja a un goce imposible de satisfacer plenamente. Žižek sostiene que el imperativo superyoico contemporáneo ya no prohíbe, sino que ordena gozar, produciendo sujetos culpables por no disfrutar lo suficiente (Žižek, 2006). Lipovetsky describe la hipermodernidad como una fase del capitalismo caracterizada por el individualismo extremo, la búsqueda de bienestar y la estetización de la existencia (Lipovetsky, 2006). El sujeto hipermoderno se define por la centralidad de la imagen y por la gestión de sí mismo como proyecto. Foucault introduce el concepto de biopolítica para dar cuenta de formas de

poder que actúan sobre la vida misma, produciendo subjetividades y regulando conductas (Foucault, 2008). Estos autores convergen en señalar que la cultura actual no reprime el goce, sino que lo estimula. Sin embargo, el psicoanálisis debe evitar una lectura sociologista que reduzca la subjetividad a efectos de la cultura. La tarea consiste en articular las transformaciones históricas con la estructura del inconsciente. Si bien el modelo freudiano de la cultura se sostiene en la prohibición y la renuncia, la sociedad contemporánea parece operar bajo una lógica diferente. La pregunta que se abre es si el mal-estar actual puede seguir pensándose en términos de represión o si requiere otras categorías. En la clínica contemporánea, este mandato se traduce en cuadros de ansiedad, burnout y sentimientos crónicos de insuficiencia y frustración. Bauman (2007) describe la contemporaneidad como "modernidad líquida", caracterizada por la volatilidad de los vínculos y la precariedad de las identificaciones. Esta fragilidad impacta directamente en los procesos de construcción identitaria, especialmente en la adolescencia. La caída de referencias simbólicas estables deja al sujeto ante la exigencia de autodefinirse constantemente. Las redes sociales intensifican esta dinámica al convertir la identidad en objeto de exhibición y evaluación permanente. La subjetividad se articula entonces en torno a la mirada del Otro digital, cuantificada en métricas de visibilidad. Este fenómeno puede leerse, desde Lacan (1949/2009), como una intensificación del registro imaginario, donde el yo se constituye en la identificación con una imagen ideal. La clínica contemporánea muestra sujetos atravesados por demandas de reconocimiento,

comparación permanente y angustia. En adolescentes y jóvenes adultos, la presión por el rendimiento académico, la exposición constante en redes sociales y la exigencia de éxito generan nuevas modalidades sintomáticas. Trastornos alimentarios, autolesiones y ataques de pánico aparecen como intentos de regulación del goce y de inscripción de un límite en el cuerpo. El síntoma ya no se organiza únicamente en torno a la prohibición, sino también en torno al exceso. La dificultad no es solo desear, sino sostener un límite al goce.

Como advierte Bauman (2008), en la sociedad de consumidores “nadie puede convertirse en sujeto sin antes convertirse en mercancía” (p. 57). El yo deviene proyecto comercializable y esto se observa en fenómenos de sobreexposición, compulsión a compartir y dependencia de la aprobación externa. El psicoanálisis, en este contexto, ofrece un espacio de palabra que contrarresta la lógica de la inmediatez. Frente a la medicalización creciente del malestar, la escucha analítica restituye la dimensión singular del síntoma, la dirección de la cura implica reintroducir la dimensión del deseo allí donde el sujeto queda capturado por la demanda de visibilidad. Se trata de desplazar la posición de objeto exhibido hacia la de sujeto del inconsciente. La clínica en la modernidad no invalida los conceptos clásicos, pero exige su relectura. La pulsión, el goce y el Otro siguen operando, aunque en configuraciones distintas. Las transformaciones socioculturales actuales no eliminan el conflicto psíquico, pero sí modifican su presentación. Del sujeto reprimido se ha pasado al sujeto agotado; de la culpa por desear, al fracaso por no rendir lo suficiente. En una cultura

que promueve la optimización ilimitada, el psicoanálisis introduce una ética del límite y del deseo, recordando que la falta no es un déficit a corregir, sino la condición misma de la subjetividad ④

BIBLIOGRAFÍA:

Bauman, Z. (2007). *Modernidad líquida* (M. Rosenberg & J. Arrambide, Trads.). Fondo de Cultura Económica. (Trabajo original publicado en 2003)

Bauman, Z. (2008). *Amor líquido* (M. Rosenberg, Trad.). Fondo de Cultura Económica. (Trabajo original publicado en 2005)

Freud, S. (2006). *El malestar en la cultura* (J. L. Etcheverry, Trad.). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1930) Freud, S. (1992). *Pulsiones y destinos de pulsión*. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 14). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915)

Foucault, M. (2008). *Historia de la sexualidad I: La voluntad de saber*. Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1976)

Han, B.-C. (2012). *La sociedad del cansancio* (A. Ciria, Trad.). Herder. (Trabajo original publicado en 2010)

Lacan, J. (1987). *El seminario, Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (J. L. Delmont-Mauri & J. Sucre, Trads.). Paidós. (Seminario original dictado en 1964)

Lacan, J. (2008). *El seminario, Libro 17: El reverso del psicoanálisis*. Paidós. (Seminario original dictado en 1969–1970)

Lacan, J. (2009). *Escritos 1. Siglo XXI*. (Trabajo original publicado en 1966; incluye “El estadio del espejo” de 1949)

Lipovetsky, G. (2006). *La era del vacío*. Anagrama. Žižek, S. (2006). *El sublime objeto de la ideología*. Siglo XXI

Fomo y jomo: territorios de subjetividad en tiempos de hiperconectividad

Las nociones de FOMO (fear of missing out) y JOMO (joy of missing out) permiten leer tensiones centrales de la vida contemporánea: entre conexión y agotamiento, entre visibilidad y experiencia, entre mandato de presencia permanente y deseo de desconexión. En este artículo, Andrea Vázquez explora cómo estas dinámicas configuran nuevas formas de subjetividad en la era digital.

Por Andrea Vázquez

Las siglas FOMO -fear of missing out, el miedo a perderse algo- y JOMO -joy of missing out, la satisfacción de perderse algo- circulan en redes sociales como expresiones livianas, casi lúdicas, de estados de ánimo. Sin embargo, condensan transformaciones profundas en la producción contemporánea de subjetividad. No nombran simplemente emociones aisladas, sino modos de estar en el mundo en una época atravesada por la hiperconectividad, la aceleración temporal y la exposición permanente.

Perder (se)

FOMO no puede reducirse a una ansiedad individual ni a una dificultad para tolerar la ausencia. Expresa una condición histórica: la vida organizada alrededor de la actualización constante, la visibilidad y la respuesta inmediata. En ese ecosistema digital, “no estar” deja de ser

neutro y muchas veces equivale a quedar fuera del circuito de reconocimiento. La pregunta “¿me estoy perdiendo algo?” deja de ser retórica para volverse imperativa.

Un ejemplo cotidiano permite dimensionar esta lógica. Durante una reunión con amigos o una cena familiar, basta que alguien mire su teléfono para que aparezca la inquietud: un grupo activo, una historia que muestra una fiesta en otro lugar, una notificación que anuncia un evento en curso. En segundos, se abre la posibilidad de que algo más interesante esté ocurriendo en otra parte. La escena presente pierde espesor frente a la promesa de lo que sucede en otro espacio. El sujeto permanece físicamente en un lugar, pero su atención se fragmenta entre múltiples escenas simultáneas.

Las métricas de aprobación, las notificaciones y la exhibición de lo íntimo configuran un régimen de vigilancia horizontal donde el yo se evalúa a sí mismo a partir de la mirada de los

ILUSTRACIÓN:
PATRICIA
PEDROCHE



otros. La comparación constante erosiona la experiencia y convierte la identidad en una tarea incesante de edición. El sujeto no sólo consume: se produce como contenido. La visibilidad funciona como condición de existencia.

En este marco, la angustia de quedar afuera adquiere una intensidad singular. No se trata sólo del temor a perderse un evento, sino de la sospecha persistente de que algo valioso ocurre siempre en otro lugar, con otros, y sin uno. La exclusión ya no es hipotética: se exhibe en tiempo real. La vida ajena aparece como

espectáculo y el yo queda sometido a una evaluación continua.

Estas dinámicas se articulan con transformaciones más amplias del trabajo y del lazo social. La disponibilidad permanente, la disolución de los límites entre tiempo laboral y personal y la autoexplotación encuentran en la conectividad digital un soporte privilegiado. Estar conectados deja de ser una opción para volverse exigencia. FOMO nombra, en este sentido, una subjetividad capturada por el mandato de presencia continua.

Desconectar (se)

En paralelo, emerge JOMO como reverso parcial: el placer de perderse algo. Más que un gesto de relajación, nombra un intento de reconfiguración subjetiva frente a la saturación. Implica recuperar tiempo propio, una atención menos fragmentada, una experiencia que no dependa exclusivamente de métricas externas. Desconectarse no es sólo descansar: es poner en cuestión la equivalencia entre visibilidad y valor.

Sin embargo, JOMO no constituye una salida garantizada. No todos pueden retirarse del flujo sin consecuencias. La posibilidad de desconectarse está atravesada por condiciones materiales, laborales y vinculares. En muchos casos, la desconexión se experimenta con culpa o con temor a quedar relegado. Aun así, señala un límite: el cansancio frente a la exigencia de estar siempre disponibles.

FOMO y JOMO funcionan, así como analizadores de época. Nombran tensiones entre conexión y agotamiento, entre deseo y mandato, entre experiencia y visibilidad. El problema no reside en la tecnología en sí, sino en su articulación con un modelo que convierte la atención en mercancía y la exposición en capital simbólico. Cuando la conectividad se vuelve obligación, el malestar se internaliza como falla individual.

Pensar las subjetividades en red implica entonces desplazar la pregunta del “uso excesivo” hacia las condiciones que producen la exigencia de presencia permanente. No

se trata sólo de cuánto tiempo se pasa frente a una pantalla, sino de qué formas de vida se organizan allí y qué vínculos se vuelven posibles.

Falta, deseo y política de desconexión

El pasaje de FOMO a JOMO puede leerse como un intento de restituir una relación distinta con el tiempo, la atención y el deseo. Perderse algo deja de ser sinónimo de carencia para volverse una operación: sustraerse del circuito, introducir una interrupción.

En una economía donde la atención es recurso y la visibilidad garantía de existencia, no participar del flujo constante puede adquirir un valor político. No como rechazo total, sino como gesto mínimo: producir zonas de opacidad, espacios donde el sujeto no quede enteramente capturado por la lógica de la exposición.

La pregunta ya no es si conviene estar o no estar conectados, sino quién define los modos legítimos de presencia y bajo qué condiciones. Interrogar estas lógicas implica reconocer que las tecnologías no son neutras: organizan tiempos, jerarquizan voces y modelan lo que cuenta como experiencia.

En ese marco, quizás la operación más precisa no sea desconectarse, sino introducir cortes. Interrupciones. Pequeñas fallas en la continuidad del flujo. No salir del sistema, sino no coincidir del todo con él.

ADOLESCENTES Y APUESTAS ONLINE: UN ESTUDIO EN LA CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES

Subjetividades en línea: uso de tecnologías, videojuegos y apuestas online

Por **Beatriz García Ferrero** y
Montserrat Neme Contreras

Las transformaciones tecnológicas de los últimos años han modificado profundamente las prácticas sociales, especialmente entre las nuevas generaciones. En este contexto, el uso intensivo de plataformas digitales, videojuegos y apuestas online se ha convertido en un fenómeno de creciente preocupación en los campos de la educación, la salud mental y las políticas públicas.

Este presente nos enfrenta de manera constante a conflictos y tensiones, develando nuevas modalidades de malestar y proponiendo una multiplicidad de inquietudes en relación a los sentidos epocales y a su impacto en los procesos de subjetivación. En un escenario de precarización de las existencias y fragmentación social, la digitalización de la vida cotidiana plantea desafíos que requieren (re) pensar categorías y modalidades de intervención.

Es en este contexto en el que se evidencia una creciente preocupación por el uso de las plataformas tecnológicas y el consumo excesivo de videojuegos y apuestas online en niñas, niños y adolescentes. El presente configura una serie de conflictivas que afectan especialmente a los más jóvenes y que nos invita a reflexionar en clave de prevención, protección y promoción de derechos.

Las prácticas de consumo condensan los modos en los que cada sociedad define la vida cotidiana, constituyéndose en un complejo entramado de imaginarios que articulan variables históricas, económicas, políticas y culturales. La sociedad actual entroniza la inmediatez como la fracción de la temporalidad más venerada. Cada actividad de la vida cotidiana habilita una contrapropuesta tecnológica que brinda la opción de gozar de esta porción temporal

instantánea como garantía de obtención de un plus de satisfacción. Junto a ello, las subjetividades atravesadas por esta particularidad: a un like de distancia, el amor y sus circunstancias.

Los consumos constituyen un fenómeno complejo y multidimensional. Son prácticas sociales que se configuran de manera particular de acuerdo al momento histórico y a las condiciones socio-políticas y culturales. Las combinaciones de estas y otras variables epocales definen las particularidades de las significaciones otorgadas tanto en el plano individual como en el colectivo. Del mismo modo, las niñeces y las adolescencias también son plurales y sus expresiones varían según la heterogeneidad de los contextos. Es menester interpretar la cultura y sus malestares en sus signos de época atendiendo a las transformaciones de las prácticas y a las narrativas preponderantes que cada sociedad tiene de sus jóvenes, sus usos y sus costumbres.

Dado que todas las personas y las épocas establecen relaciones particulares con los objetos, corresponde reflexionar acerca de los mecanismos en los que la satisfacción y el disfrute se vinculan a estos acercamientos. Es probable que existan intentos más o menos experimentales y/u ocasionales de acuerdo a las circunstancias. Están los que, en cambio, se reiteran con sistemática habitualidad y aquellos, más problemáticos, que organizan la vida, limitan las actividades e interrumpen la lógica cotidiana. Estas modalidades de carácter más preocupante requieren de abordajes integrales, singulares y situacionales. Los consumos problemáticos, ya sea de objetos, sustancias o tecnologías son dinámicos y deben leerse en contextos determinados y en función de las narrativas y premisas

culturales que esa sociedad pone en valor en un momento dado.

Si bien las condiciones de accesibilidad y los circuitos de gratificación inmediata facilitan el ingreso de adolescentes al universo de las apuestas online, es necesario evitar una mirada que reduzca el fenómeno a la patología individual. Las apuestas, integradas a plataformas digitales que operan con lógica de disponibilidad constante y gratificación instantánea, no solo capturan la atención de los jóvenes, sino que moldean su relación con el dinero y el tiempo. Esta práctica, lejos de ser inofensiva, interrumpe el interés por actividades educativas, recreativas y vinculares, exacerbando un sistema que promueve el consumo vertiginoso y la búsqueda de éxito inmediato. En este contexto, las apuestas online pueden interpretarse como una expresión contemporánea de las transformaciones en las formas de ocio, consumo y relación con el dinero entre las nuevas generaciones.

El tiempo de lo instantáneo, la ansiedad, el desplazamiento y la fijación, ocupan una notoria centralidad como marcas de época. Lo efímero y la obsolescencia programada de los gadgets son elementos que nos remiten a la labilidad de los lazos. Un sencillo scrolleo provoca un distanciamiento engañoso de la realidad, un escape al pensamiento, el ingreso a un circuito tramposo de obtención de rápidas recompensas que se enraíza y se fija provocando satisfacción inmediata pero que asimismo puede convertirse en breve y frustrante. Sin la posibilidad de simbolizar estas operaciones, los sujetos quedan atrapados en un espacio incierto y padeciente que se torna especialmente preocupante en etapas

de la vida en las que es necesario el armado de vínculos y el despliegue de herramientas de fortalecimiento identitario.

La sociedad capitalista y sus modelos de éxito tienden a promover entre los más jóvenes formas individualizadas de búsqueda de reconocimiento y gratificación, favoreciendo dinámicas de satisfacción mediadas por el consumo que, en ocasiones, se desarrollan en detrimento de los vínculos sociales y afectivos.

Las apuestas online irrumpieron en el debate público de manera intempestiva. Una antigua costumbre de la humanidad adquirió investiduras actuales. El tiempo histórico parece seguir el pulso de los datos, algoritmos y plataformas, lo que impacta profundamente en las formas de interacción, el ocio y los hábitos de consumo. La subjetividad digital moldea nuevas prácticas y los adolescentes no están exentos. Capturar la atención es ahora el motor de las ganancias.

Con el objetivo de comprender cómo estas transformaciones se expresan en las prácticas concretas de las y los adolescentes, la Defensoría del Pueblo de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires realizó una encuesta destinada a relevar hábitos, motivaciones y percepciones vinculadas con las apuestas online.

Encuesta de la defensoría del pueblo de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Entre los meses de julio y septiembre de 2024, la Defensoría del Pueblo de la ciudad, encuestó a 2765 adolescentes de entre 13 y 19 años pertenecientes a 25 escuelas de gestión estatal y privada de las 15 comunas.

Los cuestionarios se confeccionaron en papel y se administraron de manera personal a fin de entablar un diálogo con los y las adolescentes y problematizar de algún modo el uso del celular en el contexto del aula, poniendo de relieve la reflexión en torno al uso de dispositivos en los múltiples entornos de la vida cotidiana.

Se utilizó un cuestionario autoadministrado que permitió indagar acerca de diversas dimensiones relacionadas con las apuestas online.

En primer lugar, se recogieron datos sobre características sociodemográficas de los y las participantes. Luego, se exploraron aspectos vinculados al comportamiento relacionado con las apuestas online, incluyendo frecuencia, motivaciones, tipos de apuestas realizadas y los entornos preferidos para llevarlas a cabo. Asimismo, se investigaron los riesgos asociados a prácticas compulsivas, los medios de pago utilizados y las formas de acceso a las plataformas. Por último, se incluyó una pregunta para indagar por las apuestas por fuera del mundo virtual.

Resultados generales

De las respuestas obtenidas se concluyó que uno de cada cuatro estudiantes ha participado en apuestas online al menos una vez, con una participación significativamente mayor entre los varones (34%) en comparación con las mujeres (13%). Además, la incidencia de esta práctica aumenta conforme los y las estudiantes avanzan en su trayectoria escolar, alcanzando un 30% entre quienes cursan el último año de la secundaria. Este fenómeno también muestra una relación con el nivel educativo de los padres y madres: a menor nivel educativo, se observa

una mayor participación de los adolescentes en apuestas online.

Un aspecto interesante que reveló la encuesta consiste en que el 39% de los y las estudiantes no sabe si las plataformas en las que juegan son oficiales, y este desconocimiento es más alto entre los estudiantes de ciclo básico, es decir 1er y 2do año, alcanzando el 44,3%. Entre aquellos que sí identifican el tipo de plataforma, el 60% afirmó utilizar sitios legales. Este dato plantea una alerta respecto a las políticas adoptadas por el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires contra las casas de apuestas ilegales. Si bien es fundamental combatir la ilegalidad, en el caso de los y las adolescentes, su participación en estas prácticas ocurre mayoritariamente en el ámbito legal. Esto probablemente se deba a que las casas de apuestas online suelen operar en asociación con un operador físico, respaldado por un fuerte poder de lobby. En verdad, resulta necesario abogar por un mayor control biométrico y un marco regulatorio que refuerce la supervisión de las apuestas realizadas por menores de edad.

En cuanto a las preferencias de juego, los casinos virtuales son los más elegidos (48%), seguidos por las apuestas deportivas (32%). Este dato puede explicarse, en parte, por el acceso más limitado a las apuestas deportivas en comparación con los juegos de casino, que están disponibles las 24 horas.

Es importante destacar que, entre las mujeres, se observó una mayor inclinación por los juegos de casino (59,9%), mientras que entre los varones la preferencia es menor (43,8%). Por otro lado, entre los varones, las apuestas deportivas son más populares (37,6%) que, entre las

mujeres, quienes solo alcanzan el 18% en esta categoría.

Las preferencias respecto a apostar en grupo o de manera individual muestran comportamientos diferenciados. Mientras que el 38,7% de los y las estudiantes prefiere hacerlo en grupo, el 36,1% señala que "le da lo mismo" y un 21,2% opta por apostar en soledad. Al desglosar estos datos por género, se observa que los varones tienen una mayor inclinación a participar en apuestas grupales (40,3%), frente al 34,1% de las mujeres. En contraste, el 25,7% de las mujeres manifestó preferir apostar en solitario, superando al 20% de los varones que eligen esta modalidad. Estas diferencias subrayan la necesidad de un abordaje comunitario que contemple tanto los contextos individuales como las dinámicas grupales en las intervenciones.

Un 59,8% de los y las estudiantes encuestados reportó haber realizado apuestas en el último mes, con una mayor participación entre los varones (63,3%) en comparación con las mujeres (50,9%). Por otro lado, solo un 12,9% de los y las encuestados/as señaló que su última apuesta ocurrió hace más de un año. En cuanto al tiempo dedicado a esta actividad, el 61% afirma emplear menos de una hora semanal en apuestas. Sin embargo, entre quienes destinan más tiempo, se observa una diferencia notable por género: el 13,7% de los varones dedican más de una hora a la semana, frente al 6,6% de las mujeres.

Casi la mitad de las y los estudiantes encuestados (48%) realizó sus apuestas online principalmente desde su casa, lo que posiciona al entorno doméstico como el lugar más

habitual para esta actividad, seguido por la posibilidad de hacerlo desde “cualquier lugar”. En contraste, menos del 10% mencionó la escuela como un espacio para apostar, y el 55,4% aseguró no hacerlo nunca en el colegio. Un 34,7% señala hacerlo pocas veces, mientras que solo el 4,3% afirma hacerlo siempre o casi siempre, con una notable diferencia de género: los varones lo reportan con mayor frecuencia (6,9%) que las mujeres (1,2%).

Como vemos, estos datos contradicen la percepción generalizada que posiciona a la escuela secundaria como el principal espacio de apuestas online. En realidad, la institución educativa ha funcionado más como un espacio de alerta temprana y resonancia social que como un lugar central para estas prácticas. Al visibilizar el fenómeno, la escuela permite sensibilizar a otros actores y fomentar acciones frente a los riesgos asociados a las apuestas online.

El uso de billeteras virtuales como medio de pago es ampliamente predominante, con un 90% de los y las encuestadas eligiendo esta opción para realizar sus apuestas. Este dato refleja el avance de la digitalización en las transacciones entre adolescentes y la facilidad de acceso que estos medios brindan para participar en las apuestas online. Ante esta situación, la Defensora del Pueblo solicitó al Banco Central de la República Argentina, así como a bancos y billeteras virtuales, que informen a padres, madres o tutores sobre las transacciones mensuales realizadas por menores de edad. Esta medida buscó permitir un mayor control, facilitar la trazabilidad de los movimientos y alertar rápidamente en caso de detectar patrones de juego que puedan requerir intervención.

Algunas plataformas, como Mercado Pago, ya implementan medidas en esta línea.

El 24,7% de quienes apuestan reportó que encuentra difícil dejar de apostar cuando están ganando, mientras que el 29,1% tiene la misma dificultad al estar perdiendo. Combinando ambos escenarios, un 13,1% reportó serias dificultades para detenerse, que equivale al 3% del total de los y las encuestadas. Este problema es más pronunciado en escuelas privadas, donde el 26,7% tiene dificultades al ganar y el 32,2% al perder, en comparación con el 22,1% y 25,2% respectivamente en escuelas de gestión estatal. Asimismo, quienes dedican más horas a las apuestas reportaron mayores problemas para detenerse, especialmente al enfrentar pérdidas. Por otro lado, el 54,5% de los y las encuestadas afirmó haber ganado en su última apuesta, cifra que aumenta al 58,8% entre los varones y al 58,5% en estudiantes del ciclo básico.

¿Cuáles son los principales motivos que los llevan a apostar?

Para analizar este dato, se realizó una pregunta abierta a los y las adolescentes. La respuesta más común, mencionada por el 67% de los y las encuestadas, está relacionada con el dinero, reflejando aspiraciones económicas como “comprar algo” o “apostar para ganar plata”. Por otro lado, un 25% lo hace por entretenimiento, describiendo esta actividad como una forma de “divertirse con amigos” o simplemente “pasar el tiempo para no aburrirse”. Cabe destacar que no se observaron diferencias significativas entre géneros en los motivos mencionados.

Cuando se consultó cómo conocieron las plataformas de apuestas online, el 60% de los y las encuestadas mencionó a amigos/as o conocidos/as, mientras que solo el 19% lo hizo a través de influencers. Al agrupar las respuestas, se observa que el 73% descubrió estas plataformas por su círculo social (amigos/as, conocidos/as o familiares), y solo el 26% mediante influencers o publicidad. Aunque el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires ha enfocado su estrategia principalmente en la publicidad y la influencia de creadores de contenido, los datos reflejan que las apuestas aumentan dentro de círculos sociales cercanos. Este patrón se refuerza con el hecho de que el 51,4% de quienes apuestan percibe que “muchos” o “bastantes” de sus amigos/as participan en apuestas online, en contraste con solo el 27,9% entre quienes no apuestan, evidenciando una dinámica social clave en esta práctica.

Asimismo, los resultados permiten advertir que las apuestas online entre adolescentes no deben comprenderse únicamente como una práctica individual, sino también como una dinámica de sociabilidad entre pares. La marcada diferencia de participación entre varones y mujeres, junto con la alta proporción de estudiantes que declara apostar en grupo y el hecho de que la mayoría haya conocido las plataformas a través de amigos o conocidos, sugiere que las apuestas circulan en redes de interacción juvenil donde se combinan entretenimiento, competencia y demostración de conocimiento, especialmente en torno al fútbol y otros deportes. En este sentido, las apuestas pueden funcionar como una forma de ritual de pertenencia dentro de ciertos grupos, similar a otras prácticas

históricamente asociadas a la sociabilidad juvenil masculina. Comprender esta dimensión colectiva resulta relevante para el diseño de estrategias de prevención, ya que permite desplazar el foco desde la conducta individual hacia las dinámicas sociales que favorecen la difusión de estas prácticas.

Algunas consideraciones finales

El desarrollo incesante de la tecnología y sus características de accesibilidad, abre nuevos interrogantes a la hora de pensar abordajes ante esta problemática de creciente preocupación. Concebir los usos de las nuevas tecnologías desde una perspectiva de salud integral y de derechos humanos requiere comprender las creencias, regulaciones y emociones expresadas en las prácticas que se despliegan en los territorios existenciales, no sólo de los protagonistas sino también de quienes los rodean, que regulan, sancionan y habilitan de modo particular las prácticas.

Si bien desde hace unos años la preocupación es creciente, hemos alcanzado un punto tal en el que se hace necesario investigar en profundidad los efectos e impulsar políticas públicas de cuidado, así como iniciativas regulatorias a las empresas en las dimensiones de la prevención y la protección ante el consumo excesivo, especialmente en niñas, niños y adolescentes.

Las estrategias comerciales y de marketing que acompañan el mundo de los juegos en línea por dinero suelen venir acompañadas por propuestas de alguna persona con reconocimiento público (portador de emblemas de éxito

y prestigio social) ofreciendo modos ilusorios de devenir (se) en alguien o funcionar como aquel, poseedor de esa matriz de satisfacción. Y es en este sentido cómo la época y sus discursos dominantes actualizan en forma constante el circuito del consumo y el malestar que insiste.

Existen en nuestro país algunas iniciativas de regulación en estudio, aunque aún no se cuenta con una normativa que abarque de manera integral el abordaje del consumo excesivo de juegos online, especialmente en la senda de la prevención y promoción de derechos de los más jóvenes. La inclusión de las adicciones como parte del campo de la salud mental en la Ley Nacional de Salud Mental N° 26.657, aun con sus debates internos, posibilita discusiones que interpelan el centro del poder en disputa proponiendo el corrimiento hacia un paradigma de derechos, dejando atrás los modelos prohibicionistas y estigmatizantes y en donde el Estado cumple un rol preponderante.

Así las cosas, resulta oportuno incluir el pensamiento del filósofo contemporáneo Byung-Chul Han, quien en su libro "Psicopolítica: neoliberalismo y nuevas técnicas de poder" señala: "El capitalismo del consumo introduce emociones para estimular la compra y generar necesidades. El emotional design modela emociones, configura modelos emocionales para maximizar el consumo. En última instancia hoy no consumimos cosas, sino emociones. Las cosas no se pueden consumir infinitamente, las emociones, en cambio, sí. Las emociones se despliegan más allá del valor de uso. Así se abre un nuevo campo de consumo con carácter infinito." Y agrega, contundente: "El sujeto de hoy es

un empresario de sí mismo que se explota a sí mismo. El sujeto explotador de sí mismo se instala en un campo de trabajo en el que es al mismo tiempo víctima y verdugo. En cuanto sujeto que se ilumina y vigila a sí mismo, está aislado en un panóptico en el que es simultáneamente recluso y guardián. El sujeto en red, digitalizado, es un panóptico de sí mismo. Así pues, se delega a cada uno la vigilancia."

Leer la época en tanto operación política nos permite ubicar lo singular de los padecimientos, situar los abordajes y proponer perspectivas de acción crítica intersectorial y comunitaria. Resulta necesario avanzar en el camino de la legislación y fortalecer el compromiso conjunto de las organizaciones de la sociedad civil, las áreas de gobierno, las instituciones académicas y, especialmente de las nuevas generaciones para pensar propuestas de promoción de cuidados y de salud mental integral, así como de proyectos de vida que los convoquen desde el placer y el enriquecimiento del lazo colectivo.

Las apuestas online se posicionan como una práctica colectiva que refleja deseos individuales, facilitada por la nueva subjetividad digital, que trasciende las barreras físicas tradicionales. En un escenario de precarización e inestabilidad económica, las apuestas representan para muchos/as jóvenes una vía rápida y sin esfuerzo para obtener ingresos propios.

Pensamos entonces en torno a políticas públicas integrales que incluyan tanto la regulación del mercado, como los cuidados al consumir y la deconstrucción de estereotipos. Una regulación clara en materia publicitaria puede favorecer la construcción de discursos de cuidado, que incluya las dimensiones de los excesos y

los placeres en un paradigma de control y reducción de daños. Existe una deuda pendiente en cuanto a la elaboración de campañas que se dirijan a la sensibilización social y/o a la transformación de los discursos acerca de qué es el consumo y en qué sociedad se inscribe. La experiencia demuestra con creces que las campañas punitivas y los modelos de prevención finalistas han fracasado dado que “olvidan” incluir al sujeto en contexto y a la sociedad y sus características. Ya sabemos que ciertos mensajes no funcionan y es por ello que el nuevo y gran desafío constituye la construcción conjunta de nuevas cartografías de cuidados.

El crecimiento de las apuestas online entre adolescentes no solo plantea un desafío inmediato, sino que también invita a reflexionar sobre las transformaciones sociales y económicas que atraviesan las juventudes en este tiempo histórico. Las apuestas online no operan en un vacío, sino que forman parte de un ecosistema digital más amplio que monetiza la atención y el tiempo de las juventudes. Comprender esta realidad requiere mirar más allá de lo visible, reconociendo que las apuestas son solo una expresión de la monetización de las adolescencias, vinculada a dinámicas que continuarán evolucionando con la aparición de nuevas prácticas y tecnologías. En un contexto donde se intensifica un relato que adultiza a los/as adolescentes —permitiendo, por ejemplo, la inversión en mercados financieros desde los trece años o sancionando una baja en la edad de imputabilidad—, resulta importante mantener

una atención crítica y activa frente a las implicancias de estas tendencias.

En este escenario, el Estado debe fortalecer sus capacidades, recursos y conocimientos para garantizar respuestas adecuadas que protejan los derechos de niños, niñas y adolescentes. Es imprescindible generar entornos digitales seguros y saludables, al tiempo que se promueva una soberanía cognitiva para que los/as adolescentes puedan tomar decisiones informadas y conscientes frente a estas nuevas realidades. La construcción de una sociedad que priorice los cuidados y la educación digital es fundamental para enfrentar los desafíos actuales y futuros ④

BIBLIOGRAFIA:

Deleuze G, Guattari F. Mil mesetas: capitalismo y esquizofrenia. Valencia: Pre-Textos; 1988.

Freud S., Obras Completas, El malestar en la cultura. Tomo XXI, (2017) Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Han, B. C. (2014). Psicopolítica: neoliberalismo y nuevas técnicas de poder. Herder editorial.

Lacan, J., (1957-1958), Las formaciones del inconsciente, El Seminario, Libro 5, Paidós, Bs. As., 2005.

Pawlowicz, M. P., Di Iorio, J., & Touzé, G. D. (2022). El movimiento de reducción de años: hacia regulaciones no punitivistas.

Stolkiner, A., & Ardila Gómez, S. (2012). Conceptualizando la Salud Mental en las prácticas: consideraciones desde el pensamiento de la medicina social/salud

colectivas latinoamericanas. Vertex-Revista Argentina de Psiquiatría, 23(10), 57-67.

No estás ansioso: estás siendo leído, ordenado y comparado todo el tiempo. En esta intervención a dos voces, **Paula Boullosa y Pablo Castillo** cruzan clínica y teoría para pensar una época donde el deseo se anticipa y la experiencia se convierte en dato. El malestar deja de ser un problema individual para volverse un efecto de sistemas que necesitan sujetos visibles, medibles y disponibles. Frente a esa maquinaria que promete comodidad y entrega control, aparece una pregunta que el sistema intenta borrar: ¿qué queda de lo humano cuando incluso la ansiedad funciona, y qué pasa si dejamos de adaptarnos y empezamos a interrumpir?

Apostar a la pregunta política oculta bajo el algoritmo

Por **Paula Boullosa**

Estamos atravesando la era del tecno capitalismo. La misma implica, en parte, que la utilización de dispositivos tecnológicos, plataformas y redes sociales se incluye en nuestra vida cotidiana la mayor parte del tiempo. El efecto de este fenómeno es que nuestra psiquis gradualmente comienza a ser reemplazada por factores propios del mercado. Esto sucede de una forma acelerada que no siempre nos permite registrarlo.

El tiempo improductivo ya no tiene lugar para la lógica de la monetización. Asistimos a una época en la cual se da una gestión algorítmica de la existencia. Lo humano se transforma en datos, cifras, material cuantificable. La vida íntima se torna un insumo para el mercado. Se

empieza a armar una equivalencia entre lo sensorial y lo social, construyéndose una subjetividad algorítmica.

En este sentido, cabe preguntarse:

¿Lo humano es programable?

¿El lazo social puede reemplazarse por un algoritmo?

¿Pueden los algoritmos replicar el impacto del lenguaje en el cuerpo humano?

Los algoritmos intentan anticipar nuestro deseo, presentándonos aquello que nos puede gustar o interesar sin ese intervalo, sin esa suspensión momentánea de la gratificación, que daría lugar a sentir la falta, la falla, la angustia.

Cuando aparece el malestar, se resuelve consumiendo.

Gilles Lipovetsky, en “Gustar y emocionar. Ensayo sobre la sociedad de seducción,” del año 2020, enuncia: “Todo se presenta para atraer la atención de los consumidores, para divertirlos, para conmover los afectos en pos de siempre generar ganancias”

Ante el crecimiento de la tecnología y su incorporación en la infancia, muchas veces los adultos desplegamos respuestas defensivas. No se trata de incurrir en un rechazo absoluto, pero sí de atender a los efectos que esto tiene en la constitución subjetiva. Es necesario revalorizar la importancia del contacto visual para el desarrollo de la empatía y el encuentro con el otro. Prevenir que se produzca en las personas cierta incapacidad para detectar las emociones como consecuencia de no poder despegarse de la pantalla.

¿Qué consecuencias y costos tiene para la vida de los sujetos, nacer y crecer en un mundo donde creemos que todo se le puede pedir a una máquina?

En la época actual se está produciendo un “promptismo generalizado”. Le pedimos a la IA respuestas y soluciones que muchas veces facilitan ciertas activi-

dades, pero a la vez, si se tornan la única vía para transitar y encarar diversas situaciones de la vida, alimentan un lenguaje necrosado, muerto, homogéneo.

Dicho lenguaje se parece al humano, pero no lo es, y va conformando una parte importante de los corpus simbólicos. Muchas veces ese mecanismo de ingresar una parte de la existencia, una duda, una vivencia, al campo de la IA, nos lleva a sustituir lo esencial: la sociabilidad, la interacción humana, el conflicto, la incomodidad, la espera, la incertidumbre, el azar, y todo eso que es tan necesario para humanizar la vida y los vínculos.

Aceptamos que nos oriente una lengua mecanizada, hacia patrones de consumo, de comportamiento, de emocionalidad basados en estándares.

La contingencia, la sorpresa, la pregunta no tendrían razón de ser para los ideales del mercado. Porque nos alejan de la promesa de una vida sin defectos y demoran la autogestión de la felicidad inmediata.

El ideal de la tecnociencia es la libre elección. Dichas elecciones de vida, que creemos tan nuestras, suelen ser mo-

Se empieza a armar una equivalencia entre lo sensorial y lo social, construyéndose una subjetividad algorítmica.

En este sentido, cabe preguntarse:

¿Lo humano es programable?

¿El lazo social puede reemplazarse por un algoritmo?

¿Pueden los algoritmos replicar el impacto del lenguaje en el cuerpo humano?

**El algoritmo evita la pregunta política, que hoy más que nunca se vuelve prioritario mantenerla viva y encendida:
¿Qué condiciones del contexto social producen sufrimiento?
¿Qué transformaciones son necesarias a nivel social?**

dos de consumo. No aparecen como un poder coactivo directo, o como renunciadas impuestas. El sistema de explotación capta intereses, los torna deseables y los mismos son seguidos en masa. Se empobrece el lazo social. Nuestras emociones se convierten en materia prima. Y las IA se afianzan como una “compañía sin conflicto”, un espejo condescendiente que no nos interpela.

De este modo se nutre el sujeto neoliberal bajo el lema del emprendimiento individual. El sujeto del rendimiento, empresario de sí mismo.

La forma de poder del régimen neoliberal es sutil, porque consigue que el individuo reproduzca por sí mismo la dominación, interpretada como libertad.

Todo esto se da en un marco de psicopolítica, constituido por las técnicas que de-

spliega el gobierno neoliberal, valiéndose en gran parte de las nuevas formas de tecnología, para que los individuos lleven a la práctica su propia optimización y sometimiento. En este punto, coinciden libertad y explotación.

En los tiempos que vivimos, la experiencia humana se “gestiona” tratando de “reprogramar” el ánimo o las emociones para que el individuo aborde ciertas problemáticas, que requieren una salida colectiva.

De este modo el algoritmo evita la pregunta política, que hoy más que nunca se vuelve prioritario mantenerla viva y encendida:

¿Qué condiciones del contexto social producen sufrimiento?

¿Qué transformaciones son necesarias a nivel social? ☹

No estas ansioso, estas siendo medido

Por **Pablo Castillo**

Entra al consultorio, se sienta, apoya el celular boca abajo sobre la mesa. A los dos minutos lo da vuelta. No hay notificaciones. Lo deja otra vez. Habla. Dice que está cansado, que no puede concentrarse. Que hay algo como un zumbido de fondo. No sabe bien por qué. Tiene trabajo, pareja, amigos. “No me falta nada”, dice. Pero mira el celular otra vez. No es raro. Pasa más de lo que se cree.

Durante mucho tiempo, la ansiedad se pensó como conflicto: algo del deseo, algo reprimido, algo que insistía. Pero hoy aparece otra cosa. Más difusa. Más constante. Una sensación de estar siendo evaluado incluso cuando no pasa nada.

Vivimos rodeados de sistemas que miden. No solo lo que hacemos, sino quiénes somos. Seguidores, likes, tiempos de conexión. Cada gesto deja rastro. Cada intervención se compara. Incluso el silencio.

Y eso se siente. No siempre se piensa, pero se siente.

Lo decisivo no es solo que la red conecte, sino que ordena. Jerarquiza. Algunos aparecen, otros no. Algunos circulan, otros quedan perdidos. No es neutral. Nunca lo fue.

Las plataformas no son solo medios: son infraestructuras privadas que organizan qué se ve, qué vale y qué queda afuera. No solo muestran: clasifican. No solo conectan: capturan. Cada interacción produce datos. Y esos datos valen.

Volvamos.

El paciente dice que se siente “poco”. No sabe explicar por qué. No hay una escena clara, ninguna pérdida concreta. Pero hay comparación. Difusa, constante. “Siento que todos están mejor”, dice. No sabe quiénes son. Pero están.

Ese “todos” no es alguien. Es una especie de superficie. Un conjunto de miradas sin rostro. Datos, métricas, respuestas. Un espejo raro.

Ahí aparece algo nuevo de la ansiedad. No como conflicto, sino como exposición sin sostén. El sujeto se muestra, pero no sabe bien ante quién. Recibe respuestas, pero no logra sostenerlas. Todo dura poco. Todo se mueve.

El problema no es solo que nos miren.

Es que eso que mira también mide. Y lo hace todo el tiempo.

No es casual. Esa medición produce valor. Necesita sujetos disponibles, visibles, comparables. En ese sentido, la ansiedad no es un error del sistema. Funciona.

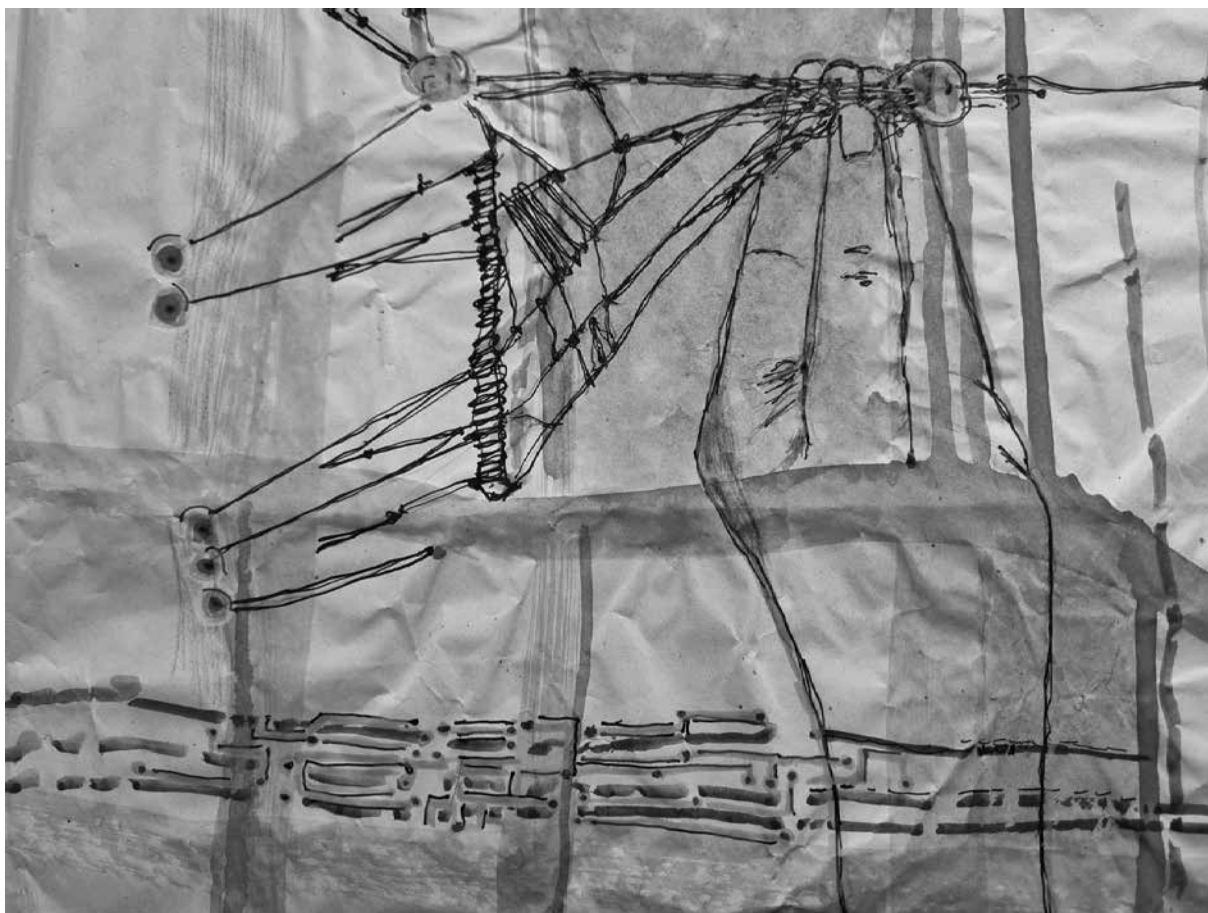


ILUSTRACIÓN: PATRICIA PEDROCHE

En este contexto, compararse deja de ser algo puntual. Se vuelve ambiente. Ya no es con alguien: es con un flujo. Siempre hay otro más visible, más rápido, más interesante. La diferencia no se procesa. Se acumula.

Desde la clínica, esto cambia algo importante. El malestar no se organiza solo como conflicto interno. También aparece como presión externa que se volvió interna. Pero no como mandato. Más bien como clima.

No es "tenés que ser mejor".

Es: "podrías".

Y eso agota.

A veces se propone una salida simple: desconectarse, apagar todo. Pero no alcanza. No

estamos frente a una herramienta que usamos mal. Esto ya forma parte de cómo se arma la experiencia.

Entonces la pregunta cambia.

No es cómo dejar de ser medidos.

Es qué hacer con eso.

Cómo no quedar completamente capturado. Cómo introducir un pequeño desvío. Algo que no encaje del todo.

Porque incluso ahí, en medio de todo eso, hay algo que no cierra. Algo que no da.

Y quizás sea poco. O apenas un resto.

Pero es en ese resto donde la cosa se complica. Donde la cuenta falla. Donde algo -todavía- no termina de obedecer.

La finitud: más allá de la paranoia digital

(una saga mexicana entre James Bond,
El Mencho y William Lee)

Por **Sergio Zabalza**

Estábamos en México. Supuestamente de vacaciones, a pesar de que seguíamos atendiendo cuestiones de trabajo. Es tremendo cómo se gestiona ahora -dijo- Si no estás pensando qué nueva cosa puede ofrecer la IA, te dicen que no sos lo suficientemente paranoico ¿podes creerlo? Así, con esta descripción, mi compañero de viaje -que también es mi hijo- daba por concluida una pesada conversación telefónica mientras me invitaba a relajarnos bajo un colorido toldo dispuesto en la vereda. Duró poco. La paranoia digital no solo está en temas de laburo. La foto que entre risas habíamos posteado, a propósito del ambo blanco que elegí vestir esa mañana bajo la leyenda “cdmx: me falta la camisa blanca y parezco un Daniel Craig cualquiera”, aparecía ahora secundada por preguntas que nadie solicitó formular. ¿Quién es Daniel Craig? ¿Qué significa la camisa blanca? Cuestión que corroboraba el diagnóstico

de mi joven cumpa viajero: en el reino digital te persiguen a toda hora para saber si sabés todo lo que hay que saber, como si pretendieran eliminar el registro de lo imposible. Lo cierto es que, como buen paranoico, pulsé para saber lo que la máquina decía saber de mí. “La camisa blanca parece ser un elemento importante para la persona que hizo la publicación (este servido, o sea)”, tras lo cual relacionaba la imagen posteada con el super macho detective James Bond, interpretado por el ya mentado actor británico. Sorprendido, me sentí feliz de que la IA no hubiese adivinado que, lejos del infalible 007, mi posteo hacía referencia a William Lee, el personaje de “Queer”, cuyo protagonista es un “marica”[1] que viste a lo largo del film un traje blanco con camisa del mismo color. La película interpretada por Craig, y basada en la novela homónima de William Burroughs, transcurre precisamente en México durante los años 50’.

Ya de vuelta hacia la posada, nos cruzó una veintena de carros policiales con la sirena a todo volumen. Es porque la familia de El Mencho hoy pasa a buscar sus restos- nos dijo el conducto del Uber. Recientemente la paranoia cobró renovado empuje en estas tierras debido a los fantasmas despertados por la muerte del famoso jefe narco que provocó una ola de cortes de ruta en buena parte del país. De hecho, durante varias horas mi teléfono no paró de recibir mensajes desde Buenos Aires con preguntas sobre qué podría suceder, cómo y cuándo. Entre tanto el señor conductor de la plataforma de trasados afirmaba que al Narco lo detuvieron gracias al James Bond Trump. En fin...Meras especulaciones al servicio de la pasión por la ignorancia que nos domina por encima del amor y del odio. Encontrar refugio en lo imposible de saber es una ardua tarea en estos días. Eso siempre por descubrir es el refugio del sujeto, el albergue de la singularidad. El límite que propicia el deseo. Un espacio hoy sin embargo amenazado por la IA que nos persigue -y a la que perseguimos- a todas partes. Por querer ser y saber igual que el infalible James Bond, terminamos siendo como William Lee, un hombre atormentado por el fantasma de la soledad quien sin embargo tuvo el valor de enamorarse. Se trata de una aspiración narcisista que se revela en los más mínimos detalles cotidianos. En mi caso pretendí comer la dilecta "salsa macha" (¡precisamente!) que mi hijo -residente hace cuatro años en este país- todavía prueba con suma prudencia, y terminé con un incendio en la boca.

Nico -mi pibe ya no tan pibe- trabaja en una conocida plataforma digital. Su frase hacía referencia a la consigna que la empresa de manera

explícita e implícita transmite cual sacrosanto lema: cuanto más paranoico seas, tanto mejor. La paranoia es la certeza de que alguien te sigue; te gana; te mira; te conoce; sabe todo de vos. Es la exacerbación del cálculo. Una interpretación delirante que explica la causa de todo. Te obliga a estar atento y vigilante en todo momento. Cuanto más presionado estés, tanto mejor. Nico precisó: se acabó el paradigma de sentirse bien para trabajar bien. Después de la pandemia, cambió todo. Ahora conviene estar loco, sacado y perseguido de que te rajen en cualquier momento, a eso también apunta la infame reforma laboral que los canallas legisladores acaban de votar en el Parlamento argentino. Es una lógica de Guerra Escuché su explicación, muy impactado. En términos subjetivos, la IA no hace otra cosa que exacerbar hasta el infinito la fragua dominante- dominado propia de la trágica experiencia humana. Todos tenemos un James Bond en la cabeza que no cesa de mostrarle al William Lee lo que le falta. La raíz de esta compleja estructura radica en el rasgo paranoico originario de todo ser hablante. Nos constituimos a partir de la imagen del Otro. El júbilo que una criatura de meses experimenta al ver su imagen en el espejo oculta -pero no elimina- la desconfianza por ése que ocupa su lugar en el cristal. En mi caso escuché con embelesado orgullo los argumentos de Nico. Su forma tan adulta e inteligente de enfrentar las características propias del tiempo que le toca vivir, dominado por la paranoia que instala la IA. Al mismo tiempo el crecimiento del pibe ya no tan pibe insinúa el horizonte de la finitud para quien firma estas líneas. Todo un desafío para servirse del Límite. O no.

Para quien oficia de padre el espejo del hijo varón actualiza la potencia del James Bond en la cabeza del menguante William Lee, en los más mínimos e inevitables episodios. Además del bochorno con la salsa macha, ni hablar de compararme en el uso de la compu, la IA, el celu y cuanto dispositivo digital ande suelto por ahí. Como dicen en la cancha: la veo pasar. Lejos. Y, sin embargo, ese imposible es la condición del amor. Al James Bond no se lo desinfla con buenas intenciones, hay que ponerle el cuerpo, En mi foto yo me encontraba con un traje blanco y una remera negra. No estaba la camisa blanca. Del delirio interpretativo de la IA me salvó lo que me faltaba, eso que hoy está tan mal visto. Ignorar la IA es tan inútil como Imposible (¡precisamente!). De hecho, suelo preguntarle de todo,

en especial si estoy de viaje. Quizás entonces se trate de una muy singular amalgama entre el saber y el no saber. Una suerte de algoritmo fallado. Decía Mallarmé que “una tirada de dados jamás abolirá el azar”. En ese espacio entre las posibilidades calculables de la tirada de dados y el azar se encuentra el intervalo de nuestra soberanía, en el cual -lejos de la omnipotencia de James Trump Bond-, habita nuestra vulnerabilidad. Vaya como ejemplo que la IA no puede olvidar. Y el olvido es lo único que existe, dice Borges. El ser hablante no sabe que no sabe. La IA no puede no saber, en todo caso calcula como no saber. Porque no puede morir. Quizás se trata de apropiarse de la finitud que solo un cuerpo vivo puede tener. En eso estoy. Y me gusta, No Saber qué resultará ①

El analista ante la fragmentación

Subjetividad, identidad y deseo en la era técnica

En este texto, **Francisco Albanese** indaga la fragmentación identitaria y el avance tecnológico actual. Partiendo de la advertencia freudiana sobre la susceptibilidad del intelectual a las sugerencias colectivas, se analiza la caída de los grandes relatos y la respuesta del psicoanálisis como espacio de resistencia. Se propone una distinción entre la fijeza de la identidad y la pluralidad de las identificaciones, ubicando la apertura al deseo como el eje fundamental de la praxis frente al malestar de época

Por **Francisco Albanese**

“La experiencia prueba que es más bien la llamada ‘intelectualidad’ la más proclive a estas desastrosas sugerencias colectivas, ya que el intelectual no tiene contacto directo con la vida al desnudo, sino que se topa en su forma sintética más sencilla: sobre la página impresa”.

Sigmund Freud en ¿Por qué la guerra? 1933

La herencia crítica y el malestar actual

El psicoanálisis siempre ha sido un hijo crítico de su tiempo. Debe su lugar a los márgenes abiertos por la ciencia y la medicina, aunque hoy la clínica se enfrenta a un escenario totalmente distinto al que le dio origen. Si bien el contexto cambia, el fastidio generalizado parece un eterno retorno de lo mismo.

En 1932, Freud se preguntaba en ¿Por qué la guerra? si sería posible controlar la evolución mental del hombre para ponerlo a salvo de la psicosis del odio y la destructividad.

Resulta inquietante su observación sobre la “intelectualidad”:

“La experiencia prueba que es más bien la llamada ‘intelectualidad’ la más proclive a estas desastrosas sugerencias colectivas, ya que el intelectual no tiene contacto directo con la vida al desnudo, sino que se topa en su forma sintética más sencilla: sobre la página impresa”.

Subjetividad de época: el imperio de la técnica

Lo que hace años se vislumbraba como un cambio de época se ha consolidado hoy como una nueva subjetividad. Vivimos

marcados por un acceso ilimitado a la información, una comunicación sin fronteras de tiempo y espacio, y un mercado globalizado omnipresente. En este escenario, el avance tecnológico se erige como la medida única del progreso actual.

Sin embargo, esta hiperconectividad convive con una profunda sensación de inseguridad y vulnerabilidad. El lazo social des-ligado y el control tecnológico total dan lugar a manifestaciones de pánico, terror y miedo anticipado. El bombardeo comunicacional aturde y el cansancio mental es ya una constante en nuestra clínica diaria.

La identidad como refugio y pantalla

Asistimos a una ebullición de las identidades y a una fragmentación social de unidades diversas. Frente a la caída de los grandes relatos o estructuras sólidas del siglo XX, el yo se muestra fragmentado, irreconocible y alienado.

En este contexto, la praxis analítica ofrece algo distinto: un re-ligar no religioso ni ingenuo. El psicoanálisis se presenta como un espacio de resistencia al imperativo voraz del “tengo que poder”, que se manifiesta tanto en la soledad del síntoma como en las “desastrosas sugerencias colectivas” que Freud señalaba.

Esta advertencia freudiana interpela directamente a nuestra comunidad. Es notorio observar a veces una lectura sesgada de Psicología de las masas y análisis del yo, reduciendo el efecto de masa a los movimientos populares dejando entrever un intelectual a salvo de la sugestión. Esta posición se radicaliza en ciertos

exponentes intelectuales mediáticos que, por afinidad política o pertenencia religiosa, desconocen la profundidad de la teoría analítica y quedan capturados por la misma lógica de masa que pretenden analizar.

Cabe preguntarse si esa posición de sugestión del intelectual que se percibe libre por su pensamiento permite la apertura para una puesta en acto del inconsciente, o si su forma de presentación es simplemente parte de una identidad inmovible. Y es que, como sabemos, no hay identidad, sino identificaciones*. Identificaciones plurales, diversas, dispersas, parciales; la mayoría de las veces superpuestas y contradictorias entre sí, conformando una especie de patchwork. Un singular collage de conjunto que no alcanza una consistencia unitaria, sino apenas rasgos distintivos del carácter.

Frente a la fijeza de estas identificaciones, la apuesta central de la praxis analítica se orienta hacia el deseo en tanto inmortal. Allí donde el imperativo de época empuja a la consistencia del “ser alguien” (identidad), el analista sostiene una posición centrada en la apertura al deseo del paciente. Esta escucha permite que, tras la pantalla de la identidad, emerja la singularidad de un deseo que no se agota en las etiquetas de la época ni en las sugerencias de la masa.

BIBLIOGRAFÍA:

Sigmund Freud “¿Por qué la guerra? Tomo 22 página 185, año 1933

Pujó Mario “Psicoanálisis y Hospital” Identidades página 37, número 47, año 2015

Por **Gabriela Dueñas**

Introducción

Las aulas ya no son las mismas. Tampoco lo son las infancias y adolescencias que las habitan. En un mundo acelerado, fragmentado y atravesado por pantallas, desigualdades y discursos expertos que nombran — y a menudo medicalizan— cada vez más comportamientos, la escuela se encuentra en una encrucijada. ¿Es posible educar sin etiquetar? ¿Cómo acompañar el malestar sin convertirlo en diagnóstico? ¿Qué lugar ocupan las subjetividades en un sistema que, paradójicamente, promueve la inclusión mientras normaliza trayectorias?

Este libro “Malestares infanto-juveniles actuales y escuelas en problemas en tiempos complejos” nace de urgencias. Urgencia por interrogar los “trastornos” que colonizan las aulas (TEA- TDA/H, DISLEXIAS, etc.) como fenómenos no solo individuales, sino sociales. Urgencia por cuestionar el rol de una escuela que, en su afán por adaptar, termina patologizando. Urgencia por desarmar el mito de la infancia “normal” en tiempos donde el mercado convierte el malestar en mercancía y las emociones en contenidos curriculares que se supone se pueden enseñar y aprender a gestionar.

Abordajes complejos para realidades complejas

Los malestares infanto-juveniles actuales no pueden comprenderse desde miradas reduccionistas. Exigen de un paradigma de



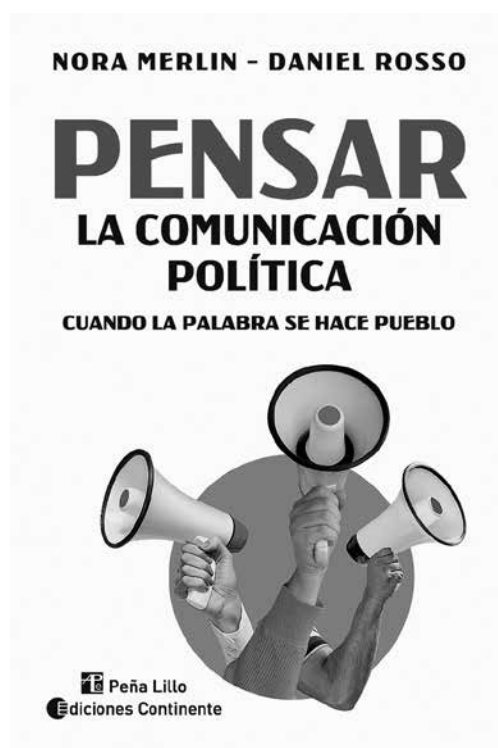
pensamiento complejo que rechace simplificaciones binarias (normal/anormal, sano/enfermo) y asuma las infancias y adolescencias como “construcciones sociohistóricas”. Necesitamos enfoques “interdisciplinarios” -donde la psicología, el psicoanálisis la pedagogía, el trabajo social y la salud comunitaria dialoguen-, porque ningún saber agota por sí solo estas problemáticas. Pero también estrategias “en red”: articulaciones concretas entre escuelas, familias, Estado y comunidades, siempre desde una “perspectiva de derechos” que priorice la voz de las/os propias/os niñas/os y adolescentes. No se trata de “adaptar” sujetos, sino de transformar entornos.

Desde una mirada crítica -pero también esperanzada-, se recorren los laberintos de la complejidad educativa actual: las tensiones entre familias y escuelas, el impacto de las tecnologías, los síndromes como “punta de lanza” de un mercado que medicaliza la diversidad, las inclusiones que excluyen y las violencias que interpelan el cotidiano escolar.

Nos adentraremos en preguntas incómodas: ¿Qué sucede cuando las aulas se convierten en territorios de patologización? ¿Incluir es lo mismo que integrar? ¿Cómo repensar los

vínculos en una era de hiperconexión y desconexión emocional?

Este texto no ofrece recetas, sino herramientas para desnaturalizar lo establecido. Invita a educadores, familias y profesionales a cuestionar los mandatos que convierten las diferencias en déficits y a imaginar escuelas donde la subjetividad no sea un problema, sino un horizonte. Porque educar en tiempos complejos exige, ante todo, dejar de buscar “alumnos problema” para empezar a preguntarnos por los problemas del sistema educativo inscripto en una sociedad de cambios vertiginosos atravesados por la incertidumbre.



Por **Pablo Castillo**

El libro ***Pensar la comunicación política. Cuando la palabra se hace pueblo***, de **Daniel Rosso y Nora Merlin**, puede leerse en

continuidad con una tradición crítica de los estudios en comunicación que, desde hace tiempo, viene cuestionando la reducción del lenguaje a un instrumento técnico dentro de las democracias contemporáneas. Ahora bien, más que limitarse a señalar ese desplazamiento, los autores ensayan una operación inversa: restituir el carácter constitutivo de la palabra en la configuración de lo político, en tensión -no siempre resuelta- con enfoques que la subordinan a criterios de optimización propios del marketing electoral.

En ese movimiento, el libro evita ofrecer una teoría cerrada. Más bien, desplaza el problema. La comunicación deja de aparecer como simple mediación entre actores previamente definidos para ser pensada como una práctica que interviene en la producción misma de subjetividad y en la articulación -siempre contingente- de identificaciones colectivas. El recurso al psicoanálisis resulta aquí menos ornamental de lo que podría suponerse: permite sostener que no

hay política sin ciertas operaciones de simbolización capaces de instituir un “pueblo” como sujeto, y no como una agregación más o menos inestable de preferencias individuales. En este punto, quizás convenga subrayarlo, la palabra no se agrega a la política desde afuera, sino que participa de sus condiciones de posibilidad.

Cuando el análisis se detiene en la mediatización digital, el argumento adquiere un espesor particular. La lógica algorítmica -estructurada en torno a la segmentación y la personalización- tiende a fragmentar la experiencia social de un modo que difícilmente pueda considerarse neutral. No se trata únicamente de transformaciones en la circulación de la información: lo que se ve afectado es, más profundamente, la posibilidad de sostener formas de enunciación colectiva con cierta estabilidad. En ese marco, la dificultad para construir horizontes compartidos aparece menos como un problema coyuntural que como un efecto ligado a estas dinámicas, aunque el libro no termina de explorar todas sus implicancias.

Uno de los núcleos más productivos del texto es la distinción entre una comunicación orientada a la eficacia y otra orientada a la producción de significación. La primera -hoy claramente predominante- se organiza en torno a resultados inmediatos y mensurables; la segunda remite a procesos más extensos, en los que se elaboran sentidos y se estabilizan identificaciones. La diferencia, sin embargo, no debería leerse en términos puramente normativos: más

bien señala una tensión constitutiva de la práctica política contemporánea. En ella se juega la posibilidad -siempre abierta- de pensar la política más allá de la coyuntura electoral, en relación con la persistencia, inevitablemente frágil, del lazo social.

Leído desde América Latina, el planteo dialoga, aun sin explicitarlo del todo, con tradiciones en las que la palabra ha operado como vector de articulación popular frente a distintos procesos de despolitización. El libro no reconstruye ese linaje de manera sistemática, lo que podría leerse como una limitación, pero sí logra inscribirse en ese campo de problemas y actualizarlo frente a transformaciones recientes, en particular las vinculadas con la crisis de representación y la expansión de entornos digitales.

En este marco, la afirmación de que la política no puede prescindir de la palabra sin comprometer su propia consistencia adquiere un alcance que excede la consigna. Funciona, más bien, como una hipótesis sobre los límites de ciertas formas contemporáneas de hacer política. Allí donde la palabra pierde espesor, quedando subsumida a lógicas puramente instrumentales, también se debilitan las condiciones para producir lo común. Desde esta perspectiva, pensar la comunicación política implica, en última instancia, interrogar de qué modo se construyen, se disputan y, eventualmente, se erosionan esos espacios de sentido compartido en las democracias actuales ☪

Entre la lectura estructural de **Alfredo Juan Manuel Carballeda** y la mirada más urgente que propone **Pablo Catalán**, aparece un mismo problema desde planos distintos: el lugar de las plataformas en la producción del malestar contemporáneo.

En Carballeda, la virtualidad se presenta como territorio: un escenario donde los lazos se fragilizan y la subjetividad se vuelve inestable. En Catalán, ese territorio se vuelve concreto: cuerpos afectados, algoritmos que retienen, responsabilidades que empiezan a señalarse.

Ambos coinciden en algo clave: el padecimiento subjetivo no es un efecto secundario. Es parte del funcionamiento mismo de las redes. Pero mientras uno describe un clima más amplio, el otro muestra consecuencias puntuales. No exactamente lo mismo.

Ahí aparece el cruce: la pertenencia como problema. Comunidades que no terminan de sostener y sistemas que capturan la atención. Más que vínculo, algo que retiene.

Si para uno se trata de una crisis más general de los lazos sociales, para el otro el foco está en el diseño: no solo habitamos estos entornos, también están hechos –en parte– para que no podamos salir fácilmente.

Y en ese punto, la escena se vuelve reconocible: la luz azul en la cara, el scroll sin fin, el silencio de la habitación. No es solo soledad. Tampoco solo algoritmo. Es esa mezcla.

Un espacio donde el malestar ya no necesita esconderse demasiado.



Cuestión social, escenarios virtuales y padecimiento subjetivo. La aceptación de la cultura del malestar en el siglo XXI

Entre pantallas que prometen conexión y algoritmos que ordenan la experiencia, la vida social se reconfigura en escenarios donde el lazo se vuelve frágil y la identidad, inestable. En este texto, **ALFREDO CARBALLED**A propone leer la virtualidad no como simple entorno tecnológico, sino como un nuevo territorio de la cuestión social, donde el padecimiento subjetivo se produce, circula y, cada vez más, se naturaliza

Por **Alfredo Juan Manuel Carballeda**

“Gracias a Meta, las gafas dejan de ser una metáfora para irrumpir en nuestra vida diaria. Al ponérselas, cada uno tendrá derecho a su propia realidad. Pronto, diez personas que asistan a un mismo concierto vivirán diez experiencias radicalmente distintas, sus gafas de realidad virtual les permitirán añadir efectos lumínicos, publicidad o incluso artistas invitados”

Giuliano de Empoli.

La hora de los depredadores

Los vínculos entre virtualidad, redes sociales y nuevas formas de (in) comunicación han sido abordados desde múltiples perspectivas. Este texto propone trazar una articulación entre los llamados entornos “virtuales” y las manifestaciones del padecimiento subjetivo,

entendiéndolas como un emergente de la Cuestión Social. En este texto se trabaja sobre el impacto de la virtualidad en la vida cotidiana asociado a las dificultades de construcción de lazos sociales y el padecimiento subjetivo que se genera como problemática social compleja.

Entornos virtuales y padecimiento subjetivo

La relación entre los entornos virtuales y el padecimiento subjetivo viene siendo tratada desde disímiles ángulos y perspectivas como, por ejemplo, el grooming, el acoso, los discursos de odio, las violencias y los procesos de estigmatización. A su vez, los espacios virtuales se han multiplicado a partir de la Pandemia. Es posible pensar que el efecto de este incremento, para lo cual, posiblemente, nuestras sociedades no estaban del todo preparadas haya generado una serie de transformaciones que aún no conocemos en su totalidad. En ese aspecto, las innovaciones que se concibieron posiblemente lograron construir nuevas formas de relación social e impacto subjetivo. De esta forma, la condición humana, casi automatizada, se puede transformar en un mediador de intereses fundamentalmente ligados al mercado, constituyendo sociedades que se conducen a través de algoritmos programados.

De este modo, el aumento de las interacciones virtuales durante la pandemia y en el período que denominamos post pandemia trae nuevos interrogantes, inconvenientes, impactos en la vida cotidiana y generación de más y nuevas formas de sufrimiento. Estas cuestiones pueden relacionarse con una serie de cambios en la construcción de vínculos, relaciones sociales, estructuración de la vida cotidiana y, especialmente en el impacto en los lazos sociales, es decir en la construcción, sostenimiento y desarrollo de formas de sociabilidad vinculados a éstos. Los entornos virtuales suelen construir sociabilidades irreales en las que paradójicamente se intenta pertenecer.

A su vez, las redes sociales actúan de manera activa en la producción de subjetividad, especialmente a partir de su relación con el clima de época, sumada a diferentes factores sociales y culturales. Así, lo aceptado o rechazado tiene diferentes aspectos donde lo que predomina es la velocidad de circulación y sobre todo la falta de certeza en tanto pertenencia o cohesión.

Además, en los distintos entornos virtuales o tipos de redes, pareciera que lo asociativo cambia de manera rápida e inconstante en función de intereses comunes o, simplemente en la "búsqueda de reconocimiento", que suelen ser inestables y frágiles.

De este modo, las interacciones sociales en contextos virtuales han favorecido entre otras cuestiones a la tendencia al aislamiento, la sensación de soledad, el temor a salir, la constitución de vínculos efímeros y la construcción de redes sociales digitales precarias e inciertas.

A partir de esta perspectiva es posible vincular a las interacciones en los espacios virtuales como una forma de creación de subjetividad..." Las formas de producción de subjetividad no son atemporales, sino que se inscriben en condiciones sociales y culturales específicas" (Duschatzky y Corea 2002:21), de este modo es posible afirmar que la subjetividad se inscribe en los lazos sociales, el cuerpo y la psiquis. En este aspecto es posible pensar que la producción de subjetividad a través de las redes sociales es substancialmente débil, endeble, lo que le otorgaría una significativa sensación de inseguridad y la generación de procesos de subjetivación apoyados en imágenes, videos o afirmaciones, haciendo que lo íntimo necesite transformarse en lo que se expone o muestra.

Como si fuera la creación de un mundo ficticio que ratifica una construcción de subjetividad que debe estar acorde con el algoritmo al cual se pertenece.

Tal vez, una de las características de estos nuevos espacios de comunicación se vincule con la velocidad como mandato. Es decir, las redes, el mundo de la virtualidad requiere de respuestas rápidas donde deben conjugarse de manera muy poco contextualizada y reflexiva múltiples aseveraciones, acontecimientos, distintos procesos de interacción, información y afirmaciones en las que la urgencia es más relevante que la verdad. Quizás, dándole protagonismo a una especie de estética de la información o del dato, que no necesariamente debe ser cierto, sino que debe cumplir con una serie de parámetros que lo hagan eficaz en las reglas de las redes, o sea, que se reproduzca a partir de la conflictividad, la violencia en función de que sea reproducido, citado o aceptado.

Pareciera que el verdadero impacto de lo que se afirma se legitima desde la oportunidad de resaltar, llamar la atención. No se trata entonces de la validez de lo que se exprese, sino del poder de las palabras, medido en su capacidad de ser replicadas y generar mayor cantidad de interacciones.

Este desconcierto, generado por estas nuevas formas de expresión cimienta entornos donde la sensación de soledad y desconcierto construye una serie de sensaciones de vacío cuando lo que se transmite no genera interacción o, es respondido de manera negativa y/o violenta, con la posibilidad de cierta impresión de placer sin saciedad en el momento que la misma se produce a través de un "like" o un comentario

favorable. Generando, de esa manera, una idea de autoafirmación angustiosamente efímera en contextos de anonimato que se construyen, en general, a través de identidades supuestas como en un juego de máscaras en el que gana quien logra una mejor simulación.

Esto se expresa tanto en las redes donde se supone que predomina lo vincular (comunidades), como en la que sobresalen los intereses de las personas. Así, las características de las plataformas del mundo virtual construyen nuevas gramáticas y formas de lenguaje.

La pertenencia y la identidad fragilizadas

Las llamadas comunidades virtuales, agrupan a supuestos usuarios a través de aparentes intereses comunes, se constituyen a través de entornos digitales, donde existen diferentes formas de comunicación e incluso hasta pueden contener el desarrollo de un lenguaje propio. Así, la identidad y la pertenencia

a son mediadas por las redes sociales en un juego donde las interacciones se construyen de manera peculiar, una "comunidad" sin corporalidad, sin expresión, sin una otredad certera atrapada en relaciones sociales que se van reglando desde la interacción virtual.

Comunidades que se construyen paradójicamente en contextos de aislamiento y soledad, que muchas veces se hacen sólidas solo desde la posibilidad de compartir el dolor de pertenecer a un mundo donde las reglas se cambian según los contextos o las intromisiones del mercado o los llamados "influencers" que, desde su ¿fortaleza? carismática pueden llegar a formarse como referentes, modeladores de

pensamientos y valores donde sobresalen muchas veces, tal vez como una forma de potenciarse en las redes los discursos de odio.

Pertenecer, en un mundo donde la soledad agobia, desde la negación de la Otredad, desde su anulación justamente cuando esta se encuentra ausente o en un marco de invisibilidad, muchas veces por mandato propio de la “comunidad digital” mientras ésta garantiza estar ahí, ser parte, siempre que se cumplan las reglas e incluso los sacrificios necesarios para pertenecer.

Comunidades que tienen más características de eco sistemas, que de producto de una construcción colectiva, histórica, cultural. Eco sistemas que muchas veces condensan el malestar o lo estimulan a través de discursos violentos. Espacios de encuentro que se suelen relacionar con el desarrollo de las infancias y la adolescencia, como así también en la construcción de identidad en el mundo adulto.

Una comunidad construida como “ecosistema”, separa, construye dolor tanto hacia otros como a quien lo infringe, tal vez, sumergiéndolo aún más en el vacío. Manuel Castells ya planteaba los problemas relacionados con la identidad social a fines del siglo XX: “...la identidad se

está convirtiendo en la principal, y a veces única, fuente de significado en un periodo histórico caracterizado por una amplia desestructuración de las organizaciones, deslegitimación de las instituciones, desaparición de los principales movimientos sociales y expresiones culturales efímeras...” (Castells, 1997: 33), pareciera que la reproducción de los entornos digitales y las redes sociales estarían llenando vacíos que se relacionan con la propia crisis de Occidente y sus contradicciones.

La construcción de la identidad se aleja de la Otredad, que, en el espacio de las redes sociales asemeja a múltiples y difusos espejos de uno mismo, que se suma a reflejos espejados de imágenes vagas de comportamientos ficticios.

Así también, las redes se caracterizan por su falta de referencia real en lo colectivo, la sensación de comunidad se afirma o desvanece según el movimiento de los algoritmos, incluso en espacios donde habría cierto nivel de acuerdo, coincidencia o empatía, tanto temática como política o ideológica.

La identidad en la red termina siendo una construcción en soledad, en escenarios de competencia y búsqueda de una peculiar forma de aceptación que ratifica una sensación

Se empieza a armar una equivalencia entre lo sensorial y lo social, construyéndose una subjetividad algorítmica.

En este sentido, cabe preguntarse:

¿Lo humano es programable?

¿El lazo social puede reemplazarse por un algoritmo?

¿Pueden los algoritmos replicar el impacto del lenguaje en el cuerpo humano?

de éxito y pertenencia esencialmente lábil a la que le cuesta ocultar definitivamente su carácter fingido. Creando, de esta forma una fantasía de “participación” e “inclusión” que suele estar mediada y manipulada e, incluso censurada según el criterio de cada plataforma a través de algoritmos diseñados para el éxito económico de éstas.

Algunas aproximaciones desde el campo de la salud mental

La Red Europea de Expertos para el Uso Problemático de Internet (REEUPI) desarrolló un estudio que da cuenta de los diferentes impactos que se relacionan con el uso de pantallas y los entornos virtuales. En ese aspecto se elaboraron una serie de clasificaciones que pueden ser interesantes como para sistematizar el tema. En principio, propone una clasificación a partir de diferentes tipos de trastornos que los organiza de la siguiente manera; video juegos, apuestas en línea, compras en línea, acoso, acaparadores digitales entre otros.

Es conocido que una serie de inconvenientes de relación que dialogan con distintas características del contexto, hacen que por ejemplo, el uso excesivo de video juegos, además de ser un problema en sí mismo, construye formas de comunicación que facilitan y promueven el aislamiento, que pueden ser relacionados con la ansiedad y la depresión, ya en el año 2018, la Organización Mundial de la Salud (OMS) reconoció el “trastorno por videojuegos” (Gaming Disorder) como una circunstancia de salud mental en la Clasificación Internacional de Enfermedades (CIE-11).

Asimismo, la relación entre la permanencia excesiva en contextos virtuales y uso exagerado de pantallas también se relaciona con aislamiento, autolesiones, trastornos alimentarios y depresión. Encerrarse para comunicarse, se presenta como una de las paradojas más frecuentes en distintos sectores de la población en el ya adentrado siglo XXI.

Pareciera que el encierro o la mirada permanentemente puesta en el teléfono celular se presentan como la espera, casi constante, de un signo o señal de aprobación, pertenencia o ratificación de lo que muchas veces ficticio que se muestra o, afirma.

Estas cuestiones pueden relacionarse con una baja en la autoestima en sociedades que se apoyan en la lógica de la meritocracia, el éxito personal, la codicia y los bienes materiales por encima de la solidaridad y lo colectivo. Pareciera que muchas veces se trata de mostrar una vida fingida, rodeada de símbolos de éxito a través de imágenes en una especie de carrera para exponer y mostrar lo que “otros” no pudieron lograr, incluso la idea de manifestar una identidad ficticia, inventada, en la que es posible pensar que se logra del convencimiento que se puede generar a partir de mirarse a uno mismo.

Así, los entornos virtuales pueden funcionar como una suerte de espejos de irrealidad. Estas cuestiones, pueden mostrar la contracara de un sentimiento de imposibilidad, incluso de frustración de lograr lo que se ve en otras publicaciones dentro de diferentes redes sociales. Redes que construyen de alguna manera lo que a veces pensamos que estamos eligiendo y que también pueden crearlo. Podría afirmarse que

el riesgo está, entre otras cuestiones, en construir un sentido de la vida donde predomina un “estar pendiente” de lo que se piensa de uno y en comparación con los demás.

Todos estos temas cobran diferentes y más complejos sentidos en escenarios de deshumanización, fragmentación social, violencia, inseguridad, pérdida de certezas y desigualdad. Modelan conductas, formas de relación y dialogan con las posibilidades y/o dificultades de cohesión social.

De esta manera, es posible que estemos presenciando nuevas formas de la cuestión social, a partir de insospechados acontecimientos y circunstancias que construyen diferentes manifestaciones de los problemas sociales, la visión que tenemos de lo social, nuevos padecimientos y el desafío hacia la intervención en lo social ☯

BIBLIOGRAFÍA

- Castells, M. (1997). La era de la información: economía, sociedad y cultura. (Vol. 1). La sociedad red. Madrid, España: Alianza Editoria
- Da Empoli, Giuliano. La hora de los depredadores. Editorial Seix Barral..Buenos Aires 2025
- Duschatzky, S; Corea, C. (2002) Chicos en banda. Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- González Cogliano Mabel, Zerega Garaycoa, María Mercedes ¿Cómo es el contenido de nuestra identidad virtual? Desenredando las construcciones de identidad en Twitter? https://reader.digitalbooks.pro/content/preview/books/102402/book/OEBPS/08_9788491169604_C1.html
- Lefa S. Eddy Ivesa, Abigail Huertas Patónb, María Azul Forti Buratti c, Julio Álvarez Pitti, María Angustias Salmerón-Ruize, Pedro Javier Rodríguez Hernándezf y Matias Real-Lópezg <https://doi.org/10.1016/j.anpedi.2025.503909> Asociación Española de Pediatría.

La factura humana del ‘megusteo’ y la métrica de retención

Por **Pablo Catalán**

Un veredicto histórico en Estados Unidos y una tragedia en el Reino Unido nos traen nuevamente al debate la intersección entre Salud Mental y plataformas. Ya no se trata solo de tiempo en pantalla; la justicia comienza a señalar directamente al diseño de las redes sociales como causa de adicción, trastornos mentales y, en casos extremos, la muerte de menores, como no podía ser de otra manera, por suicidio. El caso de Kaley y la trágica historia de una joven inglesa son la punta del iceberg de un problema sistémico.

El caso “kaley”: ¿un precedente legal?

Un jurado ha declarado culpables a Meta (dueña de Instagram) y a Google (dueña de YouTube) por causar daños a la salud mental de Kaley, una joven de 20 años que comenzó su uso a edades prematuras: YouTube a los 6 e Instagram a los 9.

Se demostró que los algoritmos de estas plataformas expusieron a la menor a una estructura inapropiada, pensada específicamente para generar adicción, sobrepasando cualquier control parental digital.”.

Explotación sobre seguridad: diseño vs contenido

Lxs Peritos del caso de Los Ángeles de este 26 de marzo demostraron una correlación directa entre la “explotación del uso” (las técnicas para mantener la atención del usuario) y patologías psicológicas. Las empresas priorizaron la retención y atención de la usuaria sobre su seguridad.

El caso de Kaley podría llegar a ser un hito, porque no solo castiga el contenido inapropiado, sino el mecanismo mismo de las plataformas. No hace falta tener un saber técnico por suerte ya para algunas cuestiones. ¿A quien le podría hacer bien mantener por más de 8hs diarias una atención sostenida?

La dependencia de las niñeces a los aparatos ya es un tema instalado.

Los abogados demostraron que Meta y YouTube priorizaron métricas de retención sobre el bienestar del usuario, generando consecuencias directas y graves:

- 1- Ansiedad y Depresión Graves: Derivadas de la necesidad constante de validación y presión social sostenida

2.- Dismorfia Corporal: Un trastorno por la poca conexión con si mismo alimentado por filtros poco realistas y la comparación constante

Abandono Total: Disociación emocional. Pérdida de actividades sociales y académicas críticas para el desarrollo

¿El límite del sufrimiento?

La gravedad de la situación se resalta en casos como el de una joven inglesa de 14 años que se quitó la vida, una tragedia que una investigación forense vinculó directamente a Instagram.

El Perito de este caso fue claro: el contenido que la niña consumía de manera compulsiva, sugerido y amplificado por el algoritmo de Instagram, no era simplemente “dañino”; era de una naturaleza que “no debería haber sido visible para un niño”. La investigación sugirió que el algoritmo atrapó a la niña en un bucle de contenido sobre autolesiones y suicidio del que no pudo escapar. ¿Qué es sino la adicción compulsiva? Por eso necesita una oportunidad temporal adecuada. ¿Qué es la urgencia en salud mental sino vulnerabilidad ante el poder desmedido?

“Estamos ante un sistema que prioriza la retención de la atención de un niño sobre su propia vida, ¿será imparable?”.

Ambos casos, a ambos lados del Atlántico, comparten un denominador común: la negligencia de las empresas tecnológicas en proteger a los usuarios más vulnerables de sus propios diseños. Este veredicto legal en EE.

UU. podría abrir la puerta a miles de demandas y forzar a Meta y Google a rediseñar sus plataformas, poniendo, por fin, la seguridad del usuario por delante de la retención de su atención.

Quizás, esté en marcha una crítica problematizadora profunda y global del sistema mundo occidentalizado. Y en tanto global, logre atravesar los modos de vida de las clases medias pos coloniales.

Mientras tanto, el sufrimiento no encuentra límites, se deshace con pesar en las manos de quienes hacen a las instituciones modernas. Posiblemente, hallemos con mucho esfuerzo algunas pistas de memorias de prácticas de crianza todavía fuertes y a la altura de la velocidad de los algoritmos y las incertidumbres de nuestro tiempo. ¿Por qué es importante reflexionar sobre este caso particular? Porque el tema prende, preocupa, tiene algo para enseñarnos hoy. Porque hay que darle curso a la palabra colectiva, ya el 24M de 2026 nos ha demostrado, al no lograr instalar en el feed el documental oficial de la ‘memoria completa, que no toda ficción es construable por redes. Es en este punto donde podría proponerse, como ejercicio democratizador en cada práctica y en cada nivel de intervención técnico-comunitaria, volver a ensayar la democracia recuperando formas de relación en el tiempo que no queden colonizadas por la lógica de los dispositivos. En sentido inverso, se ubican aquellas ciencias y prácticas que han tendido a reducir la incertidumbre mediante usos comunicacionales y estrategias de control conductual, desplazando a los sujetos hacia estados de ajenidad en detrimento de su propia salud ④

El mundo en la palma de la mano

En un mundo donde las pantallas dejaron de ser herramienta para convertirse en entorno, este texto explora cómo los algoritmos, el agotamiento adulto y la búsqueda de reconocimiento reconfiguran la subjetividad adolescente y los modos de vincularse

Por **Marcelo Clingo**

Adolescencia y subjetividad en la era digital. Algoritmos, adultos cansados y la búsqueda de un lugar en el mundo

Hay una escena que se repite en miles de hogares: la luz azul del celular iluminando el rostro de un adolescente en medio de la noche. No es simplemente un dispositivo. Es una puerta abierta a los amigos, al amor, al conflicto, a la ansiedad por no quedar afuera de algo que está ocurriendo en otro lado. Allí circulan conversaciones, memes, confesiones, burlas, silencios. Gran parte de la adolescencia contemporánea se vive dentro de este universo digital.

Durante mucho tiempo el debate público se organizó alrededor de una pregunta demasiado simple: ¿las pantallas son buenas o malas para los jóvenes? Hoy sabemos que la cuestión es más compleja. Las pantallas ya no son un objeto externo al mundo social. Son el ambiente en el que buena parte de la vida cotidiana ocurre.

Smartphone, redes sociales, videojuegos en línea y plataformas audiovisuales funcionan

como escenarios permanentes de socialización. Allí se construyen amistades, se ensayan identidades, se producen rivalidades y se buscan formas de reconocimiento. Pero también se intensifican la exposición permanente, la comparación social y la presión por mostrarse.

Los datos empiezan a reflejar estas transformaciones. Un informe de la Organización Mundial de la Salud (2022) señala un aumento del uso problemático de redes sociales entre adolescentes europeos y advierte sobre su relación con dificultades en el sueño, la concentración y el bienestar emocional. En América Latina, la Organización Panamericana de la Salud (2023) alertó sobre la expansión de riesgos digitales -desde retos virales hasta formas de hostigamiento en línea- que encuentran en la adolescencia un terreno particularmente sensible.

En Argentina, el panorama se complejiza por el contexto social. Un informe reciente de UNICEF (2023) registró un aumento significativo de situaciones de bullying entre adolescentes de 13 a 17 años, así como una preocupación

creciente por la salud mental. Estos fenómenos no pueden atribuirse exclusivamente a las redes sociales, pero muchas veces se amplifican en ellas.

La captura de la atención

Las plataformas digitales no son neutrales. Están diseñadas para retener la atención. Notificaciones constantes, recompensas intermitentes, desplazamientos infinitos de contenido y algoritmos que anticipan preferencias forman parte de una arquitectura orientada a prolongar el tiempo de permanencia en línea.

Para un adolescente, cuya identidad está en pleno proceso de construcción, ese sistema de estímulos puede resultar especialmente intenso. La lógica de las redes ofrece tres promesas difíciles de resistir: inmediatez, visibilidad y conexión permanente.

La inmediatez. Todo ocurre ahora. Los mensajes llegan sin espera, las respuestas se esperan de inmediato. En una etapa de la vida donde aprender a tolerar la frustración es fundamental, esta aceleración modifica la experiencia del tiempo.

La visibilidad

En las redes, existir es aparecer. El reconocimiento se mide en likes, visualizaciones o seguidores. Para una subjetividad en formación, esta economía de la mirada puede volverse una fuente constante de evaluación.

La conexión permanente

La posibilidad de estar siempre disponible altera la antigua alternancia entre presencia y

ausencia que organizaba los vínculos. El silencio, la distancia o la espera -condiciones necesarias del deseo- se vuelven cada vez más raras.

Nada de esto significa que las redes produzcan automáticamente sufrimiento. Para muchos adolescentes también son espacios de amistad, pertenencia y creatividad. Pero sí modifican profundamente el modo en que se construyen las relaciones.

Adultos cansados

Para comprender el fenómeno de las pantallas no alcanza con mirar a los jóvenes. También es necesario observar el mundo adulto. Durante décadas, distintas corrientes del pensamiento hablaron de la función paterna como el lugar simbólico que introduce límites, transmite normas y organiza la relación entre deseo y ley. No se trata simplemente de la figura del padre, sino de una mediación cultural que permite ordenar la experiencia.

Hoy esa mediación atraviesa una fragilidad evidente. Las transformaciones económicas y sociales de los últimos años han producido una escena marcada por la precariedad, la incertidumbre y el desgaste cotidiano. El informe del CELAG (2024) describe un deterioro sostenido de las condiciones de vida en Argentina que impacta no solo en la economía doméstica sino también en el clima emocional de la sociedad.

En ese contexto, muchos adultos se encuentran subjetivamente agotados. No porque falte afecto hacia los jóvenes, sino porque escasean el tiempo, la energía y las condiciones para ejercer plenamente la transmisión cultural. Las pantallas aparecen entonces como un regulador

inmediato del malestar cotidiano, pero también ocupan un espacio que antes estaba mediado por la conversación, el juego compartido o la vida comunitaria.

El resultado no es solamente más tiempo frente a dispositivos. Es también menos mundo compartido.

Amor, ética y subjetividad

Las transformaciones tecnológicas también impactan en la manera en que los adolescentes se vinculan entre sí.

El filósofo Alain Badiou (2009) propone pensar el amor como una experiencia que permite construir mundo desde la diferencia entre dos sujetos. Amar implica atravesar el tiempo, el conflicto y la fidelidad a un encuentro que transforma la vida.

La lógica digital parece moverse en otra dirección. La sustitución rápida de vínculos -bloquear, deslizar, pasar a otra conversación- puede dificultar la experiencia de duración que el amor requiere.

La psicoanalista Silvia Bleichmar advirtió tempranamente sobre los efectos subjetivos de las transformaciones sociales contemporáneas. En *La subjetividad en riesgo* (2005) y *Violencia social — violencia escolar* (2008), señaló cómo la fragilidad de las mediaciones simbólicas puede traducirse en formas de agresividad que encuentran expresión en el ámbito escolar y social. En entornos digitales, donde el anonimato y la desinhibición facilitan la descarga inmediata, esa agresividad puede circular con mayor intensidad.

A su vez, el psicoanalista Jorge Alemán (2016) ha subrayado que el neoliberalismo no

solo organiza la economía, sino también la subjetividad. Las redes sociales amplifican esta lógica al exponer a los jóvenes a métricas permanentes de valoración pública -likes, seguidores, visualizaciones- que funcionan como una forma de evaluación constante del yo.

Para un adolescente, esa mirada algorítmica puede convertirse en una presión silenciosa: mostrarse más, responder más rápido, producir más contenido.

Lo que los adultos no vemos

Sin embargo, reducir el vínculo adolescente con las pantallas a un problema sería una simplificación. Muchos jóvenes encuentran en el mundo digital espacios de creación que los adultos apenas perciben: música producida desde la computadora, videos editados en el celular, comunidades organizadas alrededor de intereses compartidos o redes de apoyo entre pares.

Lo que para generaciones anteriores puede parecer superficial, para ellos constituye una forma real de construir pertenencia.

Tal vez el desafío de la época sea aceptar que el lazo social no desapareció, se fragilizó y además cambió de soporte.

Las redes sociales no crean de la nada la necesidad de reconocimiento -esa necesidad es constitutiva del sujeto-, pero sí reorganizan sus condiciones de circulación. La mirada del otro, se vuelve en las plataformas una mirada cuantificada, transformada en métricas visibles. El reconocimiento deja de ser una experiencia intersubjetiva relativamente íntima para convertirse en una forma de visibilidad pública y permanente.

Aquí se produce una paradoja característica de la época. Nunca los sujetos estuvieron tan conectados y, al mismo tiempo, nunca el lazo apareció tan expuesto a la volatilidad. Los vínculos circulan con mayor rapidez, pero también con menor densidad temporal. El tiempo necesario para tramitar conflictos, sostener la palabra o atravesar desacuerdos se reduce.

Reconstruir mediaciones

La subjetividad adolescente contemporánea se forma en un cruce complejo: tecnologías diseñadas para capturar la atención, sociedades atravesadas por incertidumbre económica y adultos que muchas veces llegan agotados al final del día.

La respuesta no puede reducirse a demonizar la tecnología ni a idealizar el pasado. El desafío consiste en reconstruir mediaciones: adultos capaces de conversar y poner límites sin abrir juicios condenatorios, escuelas que enseñen a habitar críticamente el entorno digital y comunidades que ofrezcan experiencias compartidas fuera de las pantallas.

Porque, en definitiva, el problema no es solamente cuánto tiempo pasan los adolescentes frente al celular.

La pregunta más profunda es otra: qué mundo les estamos ofreciendo para vivir fuera de él 🕒

BIBLIOGRAFÍA:

- Alemán, J. (2016). Horizontes neoliberales de la subjetividad. Buenos Aires: Grama.
- Badiou, A. (2009). Elogio del amor. Buenos Aires: Paidós.
- Bleichmar, S. (2005). La subjetividad en riesgo. Buenos Aires: Topía.
- Bleichmar, S. (2008). Violencia social – violencia escolar. Buenos Aires: Noveduc.
- CELAG. (2024). Deterioro de las condiciones de vida y subjetividad social en Argentina. Centro Estratégico Latinoamericano de Geopolítica.
- OMS. (2022). Adolescent digital behaviours and mental health. World Health Organization.
- OPS. (2023). Riesgos digitales y adolescencias en América Latina. Organización Panamericana de la Salud.
- UNICEF Argentina. (2023). Estado de situación de niños, niñas y adolescentes en Argentina. Buenos Aires.

La IA y el algoritmo: efectos en la subjetividad

Por **Claudio Di Pinto**

Tanto la IA como el algoritmo producen un cambio de paradigma respecto de la subjetividad. Una modificación respecto de los valores y creencias acerca de cómo un sujeto se piensa a sí mismo, al otro y a la realidad.

Si la subjetividad es una pregunta acerca de “¿quién se es?” la respuesta se construye a partir del encuentro con otros y otras y en principio en el encuentro con los otros primarios quienes transmiten un lugar, anhelos y expectativas. Se trata de una pregunta que solo se responde en el hacer.

Voy a situar en estas líneas dos ejes respecto de las consecuencias de este cambio de paradigma en relación a la subjetividad.

La IA como otro absoluto

El primero refiere a lo que podemos pensar como una delegación de funciones y a la creencia en la IA como un interlocutor absoluto y omnipotente respecto del conocimiento.

Esto supone el riesgo de perder o al menos poner en suspenso todo pensamiento crítico en la medida en que se le da valor de verdad a la información que recopiló y ofrece. Información que se confunde con conocimiento.

Esto lleva a “humanizarla”, referirse a ella como un semejante. Por ejemplo: “le voy a preguntar algo” y suponer que responde una pregunta que le hacemos cuando en realidad a partir de una innumerable cantidad de

información y de un algoritmo genera un recorte que no pone en juego ninguna alteridad. Por eso ante la respuesta de la IA no surge la pregunta: “¿qué me quiso decir?”.

O bien se afirma “se está entrenando a la IA”. Un entrenamiento supone esfuerzo, pausas, y ritmos que dependen de las posibilidades y límites del cuerpo. A una máquina se le incorporan datos, no se la entrena. Nunca escucharemos a ninguna pidiendo descanso por estar agotada de tanta información recibida.

Humanizar la IA, que funcione como lugar de “interlocución”, produce un achatamiento de la subjetividad o bien de la alteridad en tanto no hay allí un encuentro de subjetividades que vayan generando nuevos intercambios, nuevas

diferencias que al intentar agotarse renuevan el movimiento.

Al hacer de la IA ese Otro absoluto, se invierte la cuestión, ya que no es una herramienta que utilizo, sino que puedo convertirme en quien soy utilizado por dicho recurso, lo cual me deja en un lugar de objeto sin advertirlo.

¿Nuevas subjetividades?

La subjetividad como señalé se construye en el encuentro con otros y otras que en principio nos dan un lugar habitado por una diferencia insalvable que hace que ante la pregunta por “¿quién soy?”, no encuentre una respuesta última o definitiva, sino que se responde en el hacer cotidiano y en el encuentro con los semejantes.

Lo que llamamos “el Otro” son en definitiva quienes nos dan dicho lugar que pone en juego esa alteridad insalvable que podemos registrar en la equivocidad del lenguaje.

Asistimos hoy a una proliferación de pantallas en la vida cotidiana donde los semejantes quedan mediatizados por la misma o bien la pantalla misma se convierte en el semejante.

Se agrega el segundo elemento fundamental: el algoritmo, que está diseñado para que pueda detectar los intereses que supone que tenemos en lo que miramos en dichas pantallas y nos ofrece elementos similares.

Por lo tanto el algoritmo no promueve ninguna diferencia que impulse nuevos horizontes o intereses, sino que nos ofrece con diferentes imágenes lo que registra como nuestro interés.

Ahora bien, ¿qué subjetividades van construyendo generaciones que tienen como un interlocutor fundamental una pantalla que devuelve

aquello que registra que quieren ver?, ¿qué lugar hay para la diferencia o la alteridad?

Hay numerosos estudios que muestran cómo la utilización de pantallas desde los primeros meses de vida disminuye la capacidad simbólica, expresiva y discursiva lo cual va a tener impacto en la subjetividad que se va construyendo.

Esto se refleja en el modo de relación consigo mismo y con los otros donde van a predominar dichos aspectos imaginarios que tienen como observables vínculos lábiles, que son en gran medida consecuencia de contar con menos recursos simbólicos para transitar las diferencias que conlleva el lazo con el semejante.

Si un sujeto recibe fundamentalmente estímulos que no producen ninguna diferencia, sino que gracias al algoritmo siempre se trata de lo mismo, uno de los efectos es la limitación para transitar dichos encuentros.

No es casual que dos de las presentaciones clínicas más características de esta época se reflejen a los estados depresivos y a las conductas de riesgo. En ambas queda limitado el orden simbólico y prevalece lo imaginario. Nuestras intervenciones en el marco de un tratamiento suelen ser por lo tanto las construcciones que intentan darle una lógica o bien cierto sentido al padecimiento.

A modo de conclusión

Situar los efectos en la subjetividad permite pensar en modalidades de intervención y darle una lógica a las presentaciones clínicas con las que nos encontramos. Por último, el avance de la IA y las redes es inevitable, no se trata entonces de demonizarla, sino de hacer de ello un instrumento a utilizar y no volverse el instrumento utilizado ④

PARTICIPAN DE HABITAR LA RED: ENTRE EL LAZO SOCIAL Y LA CAPTURA ALGORÍTMICA

FRANCISCO ALBANESE

Psicólogo (UBA) con especialización clínica reconocida por el Ministerio de Salud. Psicoanalista y docente universitario, ha publicado diversas investigaciones sobre la subjetividad y la clínica psicoanalítica.

PAULA BOULLOSA

Psicóloga (UBA). Especialista en Psicología Clínica. Integrante del Servicio de Salud Mental del Hospital General Dr. Abel Zubizarreta (Ministerio de Salud (GCABA). Miembro de la Asociación de Psicólogos del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires

PABLO CASTILLO

Psicólogo. Magíster en Comunicación (Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP), Profesor adjunto (Universidad Nacional de las Artes), Asesor de la Comisión de Salud de la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires, Coordinador de la sección de Salud Mental del Portal 4Palabras

ALFREDO JUAN MANUEL

CARBALLEDA

Licenciado en Servicio Social egresado en la UBA, Diplomado Superior en Ciencias Sociales con mención en Sociología (FLACSO) y Magister en Trabajo Social (UNLP). Es Docente-investigador de la UNLP y ha ejercido la docencia de grado y posgrado en varias universidades nacionales y del extranjero. Ha publicado numerosos trabajos en el campo del trabajo social y colaborado en el diseño del Plan de Estudios e implementación de la carrera de Licenciatura en Trabajo Social de la UNM, dictando varios seminarios para estudiantes y docentes de la Carrera

PABLO CATALÁN

Psicólogo. Magíster en Ciencias Políticas. Docente Universitario Catedra 1 Salud Publica (Facultad de Psicología UBA). Supervisor de Equipos de Urgencias. Miembro de la Comisión Directiva de APBA, y Del Colectivo Argentino de Salud Mental.

MARCELO CLINGO

Presidente de la Federación de Psicólogas y Psicólogos de la República Argentina. Profesor Titular de Psicología General (Universidad Nacional de las Artes). Especialista en Ciencias Sociales y Humanidades por la Universidad de Quilmes

MONSERRAT NEME CONTRERAS

Licenciada en Administración Pública por la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM) y maestranda en Liderazgo y Análisis Político en el Instituto Universitario CIAS. Se desempeña actualmente como Subdirectora de Observación de las Políticas Públicas para el Desarrollo Humano en la Defensoría del Pueblo de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, donde trabaja en el análisis, monitoreo y evaluación de políticas públicas vinculadas a niñez, adolescencia, juventudes, educación, deportes y cultura.

CLAUDIO DI PINTO

Psicólogo y Psicoanalista. Integrante del servicio de adultos del Centro de Salud Mental n°3 "A. Ameghino" donde integra un grupo de investigación acerca de "La subjetividad de la época". Autor de los libros "Estrategias ante lo real. Constitución subjetiva, efectos en la clínica psicoanalítica" y "Goce – Deseo. Vicisitudes de la pulsión, vicisitudes del sujeto" Ambos de la Editorial Letra Viva

GABRIELA DUEÑAS

Dra. en Psicología. Lic. En Educación y Psicopedagoga. Profesora Titular de Grado y Posgrado y Extensión en varias universidades nacionales (UNR – USAL – UNSA – UNPaz – UNLP- UNSJB – UBA – entre otras). Conferencista y autora de numerosas publicaciones sobre temáticas ligadas a Salud Mental, Educación y Derechos de las Infancias, Violencia sobre la Niñez y la Patologización y Medicalización de los malestares infantiles actuales

BEATRIZ GARCÍA FERRERO

Psicóloga (UBA). Psicoanalista y Docente universitaria.

Especialización en Salud Mental Comunitaria en la Universidad Nacional de Lanús (UNLa). Secretaria de Asuntos Profesionales de la Asociación de Psicólogas y Psicólogos de Buenos Aires (APBA)

BEATRIZ JANIN

Psicóloga y Psicoanalista (UBA). Directora de las Carreras de Especialización en Psicoanálisis con Niños y en Psicoanálisis con Adolescentes de la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales. Profesora de posgrado en la Universidad Nacional de Rosario y en la Universidad Nacional de Córdoba. Presidenta de Forum Infancias. Profesora invitada en seminarios de diferentes universidades, centros de salud e instituciones científicas de Argentina, Brasil, Uruguay, Chile, España, Francia e Italia

LAURA SFORZA

Psicóloga. Especialista en Psicología Clínica. Profesora Universidad Kennedy. Psicopatología I y II. Jefa de residentes Centro de Salud Mental Nro. 1 Dr. Hugo Rosarios (Ministerio de Salud, GCABA)

MIGUEL TOLLO

Psicólogo. Psicoanalista. Especializado en clínica con niños y adolescentes y en temas de salud mental pública. Titular de las materias Clínica Psicológica Infantil y Salud Pública y Epidemiología en la UNCAUS (Univ. Nacional del Chaco Austral); Presidente del Forum Infancias C.A.B.A. Autor de trabajos en publicaciones de la especialidad.

ANDREA VÁZQUEZ

Psicóloga. Magíster en la Problemática del uso indebido de drogas. Doctora en Psicología (Facultad de Psicología, Uba), Profesora adjunta de Salud Pública y Salud Mental II, Directora del Proyecto UBACyT “Procesos de Adecuación de Servicios de Salud a la Ley Nacional de Salud Mental para la atención de personas con Consumos Problemáticos en la Ciudad de Buenos Aires”

SERGIO ZABALZA

Psicólogo (UBA); Magister en Clínica Psicoanalítica (UNSAM); Doctor en Psicología por la Universidad de Buenos Aires. Desarrolla su práctica analítica en privado y colabora como supervisor en hospitales públicos y equipos docentes de Educación Especial. Ex integrante del dispositivo de Hospital de Día y del Equipo de Trastornos Graves Infanto Juveniles del Hospital Alvarez, integra como profesor adjunto la cátedra de Adolescencia en la Facultad de Psicología de UCES

IV SEMINARIO LATINOAMERICANO DE
PSICOLOGÍA - ULAPSI CHILE 2026

El compromiso de la psicología latinoamericana y caribeña

*en defensa del Sur Global, la
soberanía de los pueblos y la vida*



Del 14 al 16
de octubre de 2026



Universidad de
Valparaíso, Chile



COLEGIO DE
PSICOLOGAS
Y PSICOLOGOS
DE CHILE

